SONIA BELLIDO



CUANDO DEJAMOS DE FINGIR

Cuando dejamos de fingir

Sonia Bellido Aguirre

Cuando dejamos de fingir
Sonia Bellido Aguirre

Copyright © 2026 por Sonia Bellido Aguirre
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 09/01/2026

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada se muestra a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, por favor contactar vía correo electrónico en soniabellido02@gmail.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 1

Isabela

Dieciocho mil dólares.

Parpadeo varias veces en un intento estúpido de que al abrir los ojos de nuevo aparezca un nuevo cero al final de la cifra.

Spoiler: no aparece.

El número me devuelve la mirada desde la pantalla del ordenador portátil con la indiferencia de un gato sociópata. Dieciocho mil dólares en la cuenta. Doce mil de gastos mensuales si recorto hasta el papel higiénico del baño de las chicas.

Seis semanas.

Si dejo de comer y aprendo a hacer la fotosíntesis, quizá lleguemos a siete.

Son las cinco y media de la mañana. Me gusta este silencio. Es el único momento del día en el que el edificio no cruje bajo el peso de doce carreras estancadas y de mi propia desesperación. Solo se escucha el zumbido de la nevera y el *clac-clac* casi rítmico de mi tobillo derecho cuando cambio de postura.

— *C'est bon* —murmuro, pasándome una mano por el moño deshecho de anoche—. Esto es lo que hay, Isabela.

Doce bailarinas. Doce personas a las que miré a los ojos y les prometí que su vida laboral no se acabaría a los treinta. Doce hipotecas, alquileres y facturas de fisioterapia que dependen de mi capacidad para convertir esta hoja de Excel en un auténtico milagro de proporciones bíblicas.

Unos pasos familiares resuenan en el pasillo. Mark. Entra en mi pecera de cristal con dos cafés recién hechos y esa expresión que he aprendido a temer más que a una rotura de ligamentos.

—No —advierto incluso antes de que abra la boca.

—Isa, cariño...

—Es lunes. Son casi las seis de la mañana. Todavía tengo varias semanas de margen. Sea lo que sea, si no implica fuego o sangre, puede esperar.

—Robert Chenoweth ha llamado —suspira, dejando el café sobre mi mesa con demasiada delicadeza, como si estuviese depositando una bomba a punto de estallar—. Se retira.

El mundo deja de girar durante un segundo. Hasta el zumbido de la nevera desaparece.

—¿Qué? ¿Cómo que se retira?

—Al parecer, su fondo de inversión ha tenido un trimestre de mierda. Está recortando todos los "gastos de filantropía no esenciales", palabras textuales. Efectivo de inmediato —añade mientras se deja caer en la silla frente a mí, derrotado—. Lo siento, joder. Intenté decirle que teníamos un acuerdo verbal, pero sus abogados me recordaron amablemente que los acuerdos verbales valen lo mismo que el papel mojado.

Setenta y cinco mil dólares. Ese era el cheque que nos mantendría a flote durante varios meses más. El salvavidas que estábamos esperando.

Siento cómo se me enfrían las manos.

—¿Cuándo? ¿Cómo de inmediato? —insisto, escondiendo la cara entre mis manos.

—Ya ha cancelado la transferencia.

Hago un cálculo mental rápido y me dan ganas de vomitar. Dieciocho mil menos los setenta y cinco mil que ya contaba con tener... eso nos deja con... bueno, con una mierda pinchada en un palo.

Más o menos un mes. Tenemos más o menos un mes antes de que tenga que echar el cierre y admitir que Eleonora Rousseau tenía razón.

—Vale. Bien —suspiro, cerrando el portátil de golpe antes de que los números me quemen las retinas—. Está bien. Tenemos el *showcase* en unas semanas. Elizabeth dijo que venían tres peces gordos. Si uno pica... No necesitamos más que uno de ellos, entonces…

—Isa.

—O podemos cancelar el vestuario nuevo. Que le den al tul de seda. Reutilizamos los tutús de *El Lago de los cisnes* del año pasado. Eso nos ahorra... ¿qué? ¿Tres mil?

—Isabela —la voz de Mark es casi compasiva, de un tono que me hace querer estampar la taza de café contra la pared—. Tienes que considerar la posibilidad de que...

—No.

—Tan solo escúchame, por favor. Si empezamos el proceso de liquidación ahora, podemos pagar indemnizaciones decentes a las chicas y...

—No voy a cerrar la puta compañía, Mark —chillo, alzando la voz más de lo que pretendía. Respiro hondo, forzándome a bajar las revoluciones—. No puedo. Sabes que no puedo darles ese gusto.

Mark me estudia. Conoce esa mirada. La vio hace tres años en las oficinas de la antigua compañía para la que trabajaba, la Cavalier Ballet, cuando me dijeron que mi fecha de caducidad había llegado. Sabe que soy demasiado orgullosa, o demasiado estúpida, para rendirme. O ambas cosas a la vez.

—Vale, está bien —concede, frotándose las sienes—. Entonces necesitamos un milagro.

—Necesitamos a Carmen Arriaga aquí mañana a primera hora, lista para dejar a esos inversores con la boca abierta y el talonario de cheques en la mano —respondo, bebiendo un largo trago de café. Negro, amargo, justo lo que necesito—. Necesitamos que la gala sea tan jodidamente brillante que hasta los críticos que dicen que Meridian es un "cementerio de elefantes" se tengan que tragar sus palabras.

—Voy a llamar a Elizabeth —anuncia Mark, levantándose como si le pesara el alma—. A ver si puede adelantar la gala. Quizá generar un poco de urgencia con los donantes. ¿Tú vas a estar bien?

—Si, tranquilo —le aseguro.

Es mentira, y los dos lo sabemos.

Paso la mañana haciendo lo único que evita que me dé un ataque de pánico: trabajo hasta que me duele todo. Doy la clase de técnica avanzada a las diez, ladrando correcciones sobre alineación y extensión con la precisión de un sargento instructor del ejército. Ensayo con David y Sarah el *pas de deux*, puliendo cada elevación hasta que mis brazos tiemblan.

Pero mi cabeza sigue en aquella oficina. La voz de Eleonora cuando me despidieron en mi antigua compañía de danza. "*Isabela, cariño, tu técnica es impecable... pero nuestros patrocinadores quieren juventud. Frescura. ¿Has pensado en dar clases? O en roles de carácter. La madrastra de Cenicienta te iría genial"*.

Una bruja. Me ofrecían hacer el papel de una bruja. Papeles secundarios donde hacía de madre o incluso de abuela de la bailarina principal mientras mi cuerpo todavía podía clavar treinta *fouettés* sin despeinarse.

A las tres de la tarde, me apoyo en el marco de la puerta del Estudio B. Lucía está dando la "clase comunitaria". Cuarenta dólares la hora. Diez alumnos: una contable, dos universitarios, un panadero... gente normal intentando tocar el cielo con las puntas de los dedos.

Lucía fue primera bailarina en Houston hasta que le dijeron que tenía que considerar sus opciones a los treinta y tres años. Ahora sobrevive gracias a esto.

—¡Más arriba ese *retiré*, Christina! —grita, corrigiendo la postura de la contable—. Piensa en crecer, no en aguantar. ¡Hacia el techo!

Christina aprieta los dientes con una determinación feroz. Su técnica es un desastre, pero su pasión es real. Simplemente no empezó a bailar cuando era una niña.

Mi tobillo derecho lanza un pinchazo agudo, un recordatorio de que yo también soy humana y me rompo. Cambio el peso de mi cuerpo. El cirujano dijo que podía seguir bailando si era extremadamente cuidadosa. "Escucha a tu cuerpo", fueron sus palabras.

Si escuchase a mi cuerpo, estaría en una playa del Caribe bebiendo mojitos, no en una nave industrial de Chicago al borde de la quiebra.

—¿Isa? ¿Estás bien? —Lucía se acerca con una toalla al cuello cuando la clase termina.

—Un día largo. Nada más.

—Mark tenía cara de haber visto un fantasma esta mañana o de haber estado vomitando en el servicio.

—¿Es tan obvio?

—Llevo cinco años trabajando con él. Sé distinguir su cara de "se ha acabado el café" de su cara de "estamos metidos en la mierda hasta el cuello" —responde, poniendo una mano en mi hombro—. Sea lo que sea, saldremos de esta, jefa. Confiamos en ti.

Esa frase pesa más que si hubiesen colocado una losa de hormigón sobre mi pecho.

—La nueva artista residente llega mañana. Carmen Arriaga. ¿Viste los vídeos?

—Tiene fuego —me asegura Lucía—, y una sonrisa que hará las delicias de los patrocinadores. Y tiene veinticinco años. Un buen gancho para atraer a ese público joven que tanto le obsesiona a Elizabeth, ¿no?

Veinticinco años. Catorce años menos que yo. La edad perfecta. La edad en la que el mundo todavía te permite cometer errores y te llama promesa en lugar de vieja gloria.

—Su técnica es como un queso suizo lleno de agujeros —replico, algo más seca de lo necesario—. Confía demasiado en su físico.

—Pues enséñale —responde mientras me guiña un ojo—. Eso es lo que haces mejor que nadie. Convertir el carbón en diamantes.

Cuando se va, me quedo sola. El espejo me devuelve mi reflejo: todavía delgada, todavía fuerte, todavía capaz. Pero el mundo solo ve las fechas en el DNI.

Camino al centro. *Plié*. El tobillo protesta. Me da igual. *Relevé*. *Développé* a la *seconde*. Mantengo la pierna ahí arriba, desafiando a la gravedad y a Eleonora Rousseau, que me despidió de mi antiguo ballet, y a su puta madre.

Perfecto. Irrelevante, pero perfecto.

**

Son las diez de la noche. Debería estar en casa, con una bolsa de guisantes congelados en el pie y una copa de vino. En lugar de eso, estoy sentada en la oscuridad del despacho, con la luz de la pantalla del portátil iluminándome la cara como si fuese un fantasma.

Abro el archivo: *Carmen_Arriaga_Portfolio.mp4*.

Investigación profesional. Solo eso. Necesito saber qué me voy a encontrar mañana.

El vídeo comienza. Es un estudio cutre, paredes de ladrillo, suelo de hormigón. Más o menos como el nuestro. Carmen aparece en el encuadre. Lleva unos *shorts* minúsculos que dejan ver la parte de abajo de sus nalgas y una camiseta que ha conocido días mejores.

Empieza a moverse.

Y, joder.

No es ballet. No es contemporáneo. Es... es violencia controlada. Es hambre. Se mueve como si el aire le debiera dinero. Su técnica es exactamente lo que pensaba: sucia. Los pies no terminan de estirarse en los giros, los brazos van un poco por libre.

Pero no consigo apartar la mirada.

Hay algo hipnótico en la forma en que su cuerpo se arquea, en esa espalda flexible que parece hecha de goma. Pongo el siguiente vídeo. Un solo en un escenario pequeño. Aquí se le suelta el pelo, una melena negra y rizada que le tapa la cara mientras gira. Se aparta el pelo con un gesto brusco, casi animal, y la cámara hace *zoom* en su cara.

Es guapa. No guapa del tipo bailarina de caja de música, etérea y delicada. Es guapa de una forma que te golpea en el estómago. Una belleza salvaje. Sudorosa, intensa, con los ojos clavados en un punto fijo con una ferocidad que asusta.

—*Merde* —susurro.

Debería cerrar el portátil. Debería irme a casa. Pero le doy al *play* otra vez. Y otra.

Me fijo en sus piernas. En la definición de sus muslos cuando aterriza de un salto imposible. En cómo se le marca el cuello al coger aire.

—Solo estoy evaluando sus debilidades —le explico en voz alta a la habitación vacía.

—Y una mierda —me responde mi subconsciente.

Tengo treinta y nueve años. Soy su jefa. Soy una mujer que lleva dieciocho meses sin una cita decente porque estoy casada con esta compañía de ballet en ruinas. Lo último que necesito es una distracción de veinticinco años con acento puertorriqueño y unos abdominales que parecen esculpidos en mármol.

Cierro el portátil con fuerza.

Profesionalidad.

Eso es lo que me queda. Disciplina. Mañana Carmen Arriaga cruzará esa puerta y yo seré Isabela Montrésor, la directora exigente y distante. La corregiré, la moldearé y la usaré para salvar mi compañía de danza.

Y mantendré las distancias.

Mi móvil vibra. Mensaje de Mark.

"Elizabeth ha conseguido una reunión con Patricia Moretti. Dinero de tecnológicas. Si le gusta lo que ve en la gala, podría soltar una buena pasta. Sin presión, ¿eh?"

Sin presión. Claro.

Miro por la ventana hacia la calle desierta de Pilsen. Mañana empieza todo. Mañana tengo que salvar doce carreras, mi propio orgullo y, de paso, evitar babear por la nueva bailarina.

Eso está hecho. Pan comido.

Me levanto y mi tobillo cruje como una rama seca.

—Vamos allá —murmuro a la oscuridad—. A ver quién se rompe antes.

Capítulo 2

Carmen

—Gracias, chicas. Siguiente grupo, por favor —escucho.

La frase cae sobre nosotras como un cubo de agua sucia. Ni siquiera nos miran. El coreógrafo, un tipo con más bótox que talento, ya está haciendo señas al siguiente lote de aspirantes: cinco clones de TikTok con tops de neón y sonrisas prefabricadas.

Recojo mi bolsa del suelo. El aire acondicionado del estudio de Miami huele a laca barata, a sudor rancio y a la desesperación silenciosa de treinta mujeres que saben que no las van a llamar para el trabajo.

Salgo a la calle y el calor de agosto me pega una bofetada húmeda en la cara. Bienvenidos a Florida, el estado donde el aire es tan denso que se puede masticar. Mi móvil vibra en el bolsillo de los shorts. Dos notificaciones.

Julia, mi agente.
Mamá.

Fantástico.

El combo completo de la ansiedad.

Abro el de Julia primero, porque lidiar con mi carrera es marginalmente menos traumático que lidiar con mi madre.

Llámame. Tengo algo.

Marco el número mientras camino hacia el parking, esquivando charcos de dudosa procedencia.

—Dime que es lo de Las Vegas, te lo suplico —suelto en cuanto descuelga—. Dime que voy a ser una corista con plumas en la cabeza y un sueldo digno, Julia. Por favor.

—No han llamado —me responde con esa eficiencia quirúrgica de Los Ángeles que me pone los pelos de punta—. Y siendo realista, Carmen, no te van a llamar. El director buscaba a alguien con cara de no haber cumplido los veintiuno. Tú tienes veinticinco y ojos de haber visto demasiada mierda.

—Gracias por el piropo. Ahora me siento una vieja.

—Tengo otra cosa. Meridian Dance Company. En Chicago.

Me detengo en seco junto a mi Honda Civic, que a estas alturas es más óxido que coche, pero al menos sigue funcionando.

—¿Meridian? ¿Eso qué es? ¿Un crucero o algo así?

—Una compañía pequeña de ballet. Independiente. La lleva Isabela Montrésor.

El nombre me suena, como una campana lejana en el fondo de mi cerebro. Ballet clásico. Prestigio. Algo que no encaja con mi currículum de videoclips de reguetón y bailarina de fondo en anuncios de compresas.

—¿La del Cavalier? —pregunto, haciendo memoria—. Creía que se había retirado hace mucho. ¿Cuántos años tiene? ¿Sesenta?

—La retiraron y no llega a los cuarenta. Ahora tiene su propio chiringuito. Te ofrecen una residencia de tres meses. Crear una

pieza, bailar en la gala de otoño y dar un par de *masterclasses*.

—¿Y el dinero? —la interrumpo, porque a estas alturas es lo único que me interesa.

—Mil doscientos al mes.

Cierro los ojos y apoyo la frente contra el metal ardiendo del techo del coche. Mil doscientos. En Las Vegas pagaban tres mil.

—Julia, joder...

—Lo sé, lo sé. Será difícil vivir con eso en Chicago. Pero escúchame. Isabela Montrésor es realeza en el mundo del ballet. Si quieres dejar de ser la chica que menea el culo al fondo mientras una estrella del pop canta y empezar a ser una bailarina seria, este es el billete —me asegura, haciendo una pausa dramática—. Tienes veinticinco años, cariño. ¿Cuánto tiempo más vas a aguantar compitiendo con niñas que no saben lo que es una hipoteca?

Joder. Julia sabe dónde dar para que duela de verdad.

—¿Cuándo tengo que decidir?

—Ayer. Quieren a alguien para el jueves. Si dices que sí, vuelas mañana —me informa.

Miro al cielo azul de Miami. Llevo seis años huyendo hacia delante. San Antonio, Los Ángeles, San Francisco, Miami. Siempre persiguiendo el siguiente cheque, la siguiente ciudad, cualquier cosa con tal de no parar y regresar a Puerto Rico.

—Déjame pensarlo.

—No hay tiempo, así que piensa rápido —me recuerda antes de colgar la llamada.

Pero el móvil vibra de nuevo. Mi madre.

Suspiro, me meto en el coche y enciendo el aire acondicionado al máximo. Necesito frío antes de esta conversación. Respondo.

—¡Mija! —La voz de mi madre suena a través del altavoz, una mezcla de cariño asfixiante y reproche pasivo-agresivo—. Pensé que te había tragado la tierra. O te había comido un caimán.

—Estaba en una audición, mamá —suspiro.

—Siempre esas audiciones... Miguel ha venido a cenar hoy. Preguntó por ti. Dice que te vio en Instagram y que estás muy flaca.

Aprieto el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos. Miguel. El buen chico que mi madre adora. El amigo de la infancia que sigue esperando que se me pase la fase de las mujeres y vuelva a Puerto Rico a parirle tres hijos y cocinar para toda la familia los domingos.

—Estoy en mi peso, mamá. Es mi trabajo. Tengo que estar en forma —le recuerdo, aunque ya se lo he dicho tantas veces que sale automático.

—Ya, tu trabajo... —masculla entre dientes y el silencio que sigue está cargado de todas las palabras que no dice pero que sé que está pensando—. Oye, nena, Elena necesita pagar los libros para el semestre. Ya sabes cómo está la cosa.

Ahí está. Los libros de mi hermana pequeña.

Hago cálculos mentales rápidos. Mi cuenta bancaria está en números rojos, saludándome con una bandera de peligro. La tarjeta de crédito ha llegado al máximo. Si cojo lo de Chicago, apenas me dará para vivir, pero podré mandarle algo.

—Te hago una transferencia el viernes —le aseguro.

—Tu hermana va a ser una gran contable. Una carrera de verdad, con futuro. No como... bueno, ya sabes.

Sí, ya sé. El baile.

—Tengo que irme, mamá.

—Reza un poco, Carmen. A ver si recibes iluminación y vuelves a casa —me recuerda a modo de despedida.

Cuelgo y tiro el móvil al asiento del copiloto como si fuese una granada a punto de estallar. Casa. Rezar. Miguel. El tridente del infierno al que según mi madre, estoy condenada haga lo que haga.

Conduzco hasta el apartamento compartido, esquivando turistas y jubilados. Cuando llego, mis compañeras no están. Gracias al cielo. Me siento en el sofá hundido, abro el portátil y tecleo en Google: *Isabela Montrésor*.

Enter.

Aparecen cientos de resultados. Quizá miles. Vídeos, críticas, fotos. Hago clic en el primero. *La Bayadère*, hace seis años.

Y entonces, el mundo se detiene.

No es una forma de hablar. Dejo de respirar. En la pantalla, una mujer se mueve como si la gravedad fuera tan solo una sugerencia educada que ella ha decidido ignorar. Es técnica clásica, sí, pero hay algo más. Hay fuego bajo el hielo. Sus brazos no se mueven; cantan. Su cara, pálida y concentrada, transmite una tragedia tan pura que me atraviesa el pecho.

—Coño —susurro.

Paso al siguiente vídeo. Un ensayo. Isabela lleva ropa de calentamiento, el pelo en un moño deshecho. Está corrigiendo a un chico. Se mueve alrededor de él con una autoridad natural, tocándole el hombro, la espalda.

Hago zoom.

Es guapa. No, guapa se queda corto. Muy corto. Joder, es el tipo de mujer que podría arruinarte la vida y le darías las gracias por ello. Tiene unos ojos verdes que parecen ver a través de los píxeles, una boca pequeña que, de repente, en el minuto 2:14, se curva en una media sonrisa irónica. Unas piernas que no terminan nunca.

Siento un cosquilleo en la parte baja del vientre. Ese tipo de cosquilleo. El que no sentía desde la profesora Mitchell en la universidad, el que me hizo salir corriendo de Puerto Rico como si me persiguiese el diablo.

—No —me digo a mí misma en voz alta—. Ni de coña, Carmen. No puedes ir ahí. Es demasiado peligroso. Esa mujer es totalmente tu tipo.

Cierro el portátil de golpe.

Esto es trabajo. Negocios. Necesito credibilidad artística, necesito el dinero para mi hermana Elena y necesito salir de Miami antes de que me convierta en una pasa al sol. Isabela Montrésor será mi jefa. Una antigua prima ballerina estirada y seguramente insoportable.

No hay posibilidad de que me enamore de ella.

Pero mis manos, traidoras, vuelven a abrir la tapa del portátil.

Busco una entrevista reciente. Ahí está ella, sentada en lo que parece una nave industrial, hablando sobre su compañía: Meridian.

—*El ballet no tiene por qué ser un museo* —dice, y su voz es una especie de ronroneo bajo, con un acento francés que me derrite —. *Quiero bailarines con cicatrices. Gente que haya vivido, que pueda transmitir sus experiencias mientras baila.*

Gente que haya vivido.

Me toco la muñeca izquierda, donde el tatuaje de una mariposa descansa sobre mi pulso acelerado. Metamorfosis. El recordatorio constante de que puedo cambiar, de que puedo ser quien yo quiera. O al menos, fingir que lo soy.

Llevo toda mi vida adulta actuando. Soy la Carmen profesional, la Carmen que simplemente no ha encontrado al chico adecuado todavía, como le recuerda mi madre a sus amigas. Puedo hacer esto. Puedo ir a Chicago, trabajar para esta mujer intimidante, cobrar mi cheque y no babear cada vez que entre en la habitación.

Soy una actriz del copón.

Aunque mi mano derecha se desliza entre mis piernas como si tuviese vida propia, sin apartar la vista de la pantalla.

Mi móvil vibra. Julia.

¿Lo has pensado?

Miro la pantalla del portátil. Isabela Montrésor me devuelve la mirada, desafiante, elegante, peligrosamente atractiva.

Pienso en Miguel esperando en Puerto Rico. Pienso en los castings para anuncios o vídeos musicales. Pienso en mi cuenta bancaria.

—A la mierda —murmuro.

Cojo el móvil y escribo con una mano mientras la otra se detiene en la humedad de mi excitación: *Diles que sí. Llego el miércoles.*

**

El vuelo aterriza en el aeropuerto O'Hare a las diez de la noche y Chicago me recibe con un abrazo gélido que me cala hasta los huesos. Vengo en shorts y camiseta de tirantes. ¡Brillante, Carmen! Un genio de la logística. Esto no tiene nada que ver con el calor de Florida.

Mientras espero el tren hacia el apartamento que me ha buscado la compañía, me miro en el reflejo de la ventana del vagón. Veinticinco años. Una maleta llena de ropa de licra, un par de zapatillas gastadas y un miedo que me sube por la garganta como bilis.

No es miedo al fracaso. A eso ya estoy demasiado acostumbrada.

Es miedo a ella.

He pasado las tres horas de vuelo viendo sus vídeos en bucle. He memorizado la forma en que arquea una ceja cuando algo no le gusta. La tensión de su cuello cuando hace un *arabesque*. Y, lo que es peor, he empezado a imaginar cómo sería esa voz francesa susurrando mi nombre mientras hacemos el amor.

—Concéntrate, joder —me regaño, arrastrando la maleta por el andén—. Eres una profesional. Trabajadora y aburrida. Ese es el papel.

El apartamento está en la zona de Pilsen, cerca del estudio. Es pequeño, pero al menos no huele a humedad, lo cual ya es una mejora respecto al que tenía en Miami. Tiro la maleta sobre la cama y me acerco a la ventana.

A lo lejos, entre los edificios de ladrillo, veo la silueta de una nave industrial con las luces encendidas. Meridian.

Ahí debe estar ella. Probablemente trabajando hasta tarde, perfeccionando cada detalle, siendo magnífica e inalcanzable.

Mañana voy a entrar por esa puerta y voy a ser la mejor bailarina que haya visto nunca. Voy a ser fría, eficiente y distante. No voy a dejar que vea ni una grieta en mi armadura.

Me quito la camiseta y me quedo en ropa interior, mirando las luces de la ciudad.

—Muy bien, Chicago —le digo al cristal frío—. Vamos a ver quién gana.

Pero mientras me meto en la cama extraña, con el corazón latiéndome en las sienes, tengo la terrible sospecha de que ya he perdido antes de empezar.

Capítulo 3

Isabela

Carmen Arriaga entra en mi vida con treinta y cinco minutos de retraso y ofreciéndome un café recién hecho que huele a soborno.

La observo desde mi pecera de cristal. Empuja la puerta principal con la cadera, cargada como una mula muy atractiva, con su pelo rizado escapando de una coleta que pide auxilio a gritos. Se mueve con esa gracia inconsciente que no se puede enseñar, esa manera de ocupar el espacio como si el aire se apartase para dejarla pasar.

Es más guapa en persona. Joder, que si es guapa. Ese dato no estaba en mi hoja de cálculo.

Cierro el portátil; los números rojos no van a irse a ninguna parte, por desgracia, y me levanto, ignorando el pinchazo familiar en el tobillo. Profesional. Sencilla. Distante. Ese es el plan.

—Señorita Arriaga —saludo, saliendo al vestíbulo del estudio de danza justo cuando ella deposita las bolsas en el suelo—. Bienvenida a Meridian.

Carmen se gira. Por un segundo, menos de un latido, veo algo parecido al pánico en su cara, pero lo entierra bajo una sonrisa

brillante, de esas que venden pasta de dientes. Mierda, Lucía tenía razón; esa sonrisa hará maravillas con los patrocinadores.

—Señorita Montrésor. Lo siento, de verdad. El GPS me ha llevado a un edificio que parecía un escenario de *The Walking Dead* y luego he visto una cafetería y he pensado que quizá le apetecía... —hace una pausa y levanta uno de los vasos de café como si fuese una ofrenda de paz—. ¿Expreso? Me han dicho que lo toma solo y sin azúcar.

Ha hecho los deberes. O ha interrogado a mi personal. Cojo el café y nuestros dedos se rozan. Tiene las manos calientes.

—Gracias. No era necesario, de verdad —le aseguro asintiendo con la cabeza.

—Quería causar buena impresión —me asegura. Fuerza la sonrisa, pero no es tan auténtica como la de antes; esta no llega a sus ojos. Está nerviosa. Bien. Es mejor así.

—El vestuario está al final del pasillo. La primera sesión de evaluación empieza en veinte minutos —le explico antes de dar un sorbo al café—. No llegues tarde esta vez.

Carmen asiente y coge su bolsa de deporte. Mientras se aleja, noto, porque es mi jodido trabajo notarlo, la rotación externa natural de sus caderas y cómo sus hombros se alinean sobre la pelvis incluso cargando el peso. Buenos cimientos, aunque los vídeos sugerían que su técnica es una mierda, por decirlo de un modo resumido.

Solo es una evaluación profesional. No estoy mirando el movimiento de su culo por ningún motivo que no tenga que ver con la danza.

Mark sale del Estudio B con su propia taza de café, oliendo el drama en el ambiente.

—Veo que ha llegado.

—Tarde, pero sí.

—¿Veredicto?

Le lanzo una mirada gélida.

—Isa... —usa ese tono de "llevamos veinte años siendo amigos, no te pongas ahora a disimular"—. Anoche te pasaste tres horas viendo sus vídeos. Otra vez.

—Investigación profesional.

—Ya. Claro. Escucha, es mejor que te mantengas en un plano estrictamente profesional —me recuerda mientras bebe su café para esconder una sonrisita—. Elizabeth viene esta tarde. Quiere hablar de la estrategia de relaciones públicas para la gala.

—¿Ha encontrado donantes nuevos?

—Está en ello, ya sabes. Pero también tiene ideas sobre... visibilidad. Dice que Carmen tiene mucho tirón en Instagram. Joven, carismática... exactamente el tipo de perfil que atrae a gente que piensa que *El Lago de los Cisnes* es una marca de vodka. Sabes a lo que me refiero.

Sí, lo sé. Sé que dieciocho mil dólares no dan ni para comprar pipas. Sé que la gala es en cinco semanas y que necesitamos un milagro. Y sé que ese milagro probablemente implique explotar cualquier ventaja, incluida la cara fotogénica y el cuerpo perfecto de Carmen Arriaga.

Lo que no sé es por qué la idea me hace sentir mal.

Veinte minutos más tarde, estoy en el centro del Estudio A. Ocho bailarinas en la barra. Carmen entra la última; camiseta de tirantes negra, mallas, pies descalzos, y se coloca al fondo, junto a Lucía.

La transformación es instantánea. La chica nerviosa del café se ha esfumado. En su lugar hay una bailarina: barbilla alta, hombros abiertos, peso centrado.

—Buenos días —saludo, y mi voz corta el murmullo de las chicas—. Antes de empezar, quiero presentaros a Carmen Arriaga. Será nuestra bailarina residente para los próximos tres meses.

Hago las introducciones de rigor sobre la "familia Meridian" y el apoyo mutuo entre compañeras, mi discurso estándar. Carmen asiente.

—Bien. Barra. Música, por favor.

El piano inunda la sala. *Pliés*. Primera, segunda, cuarta. Movimientos que conocemos tan bien que podríamos hacerlos dormidas.

Pero yo no estoy dormida. Estoy hipervigilante. Observo cómo Carmen ejecuta cada movimiento con una potencia que se come al resto. Sus *port de bras* son demasiado amplios, demasiado dramáticos. En el *arabesque*, su torso se inclina hacia delante en lugar de elevarse desde el centro.

Errores pequeños. Corregibles. Pero errores.

Entonces, ¿por qué se me acelera el pulso cuando camino hacia ella?

—*Tendus* —ordeno.

El grupo cambia. Carmen se mueve a través de la combinación; *sur le cou-de-pied*, *dégagé*, *rond de jambe,* y veo las costuras de su formación contemporánea. Su cadera se levanta.

Profesional. Sencilla.

Me coloco justo detrás de ella. El espejo nos devuelve el reflejo: yo, diez centímetros más alta, pálida y rígida; ella, compacta, potente y vibrante. Jodidamente perfecta.

—Tu cadera derecha —pongo una mano en su cintura y la otra en su hombro. El contacto es eléctrico—. Estás dejando que suba en la extensión. Mantén el nivel.

Bajo la palma y noto cómo se tensa. Una inhalación contenida. Sus músculos se contraen bajo la fina tela de algodón.

—¿Así? —pregunta, y su voz sale más aguda de lo normal.

—Mejor. Otra vez.

Repite el movimiento. Mantengo las manos en su sitio, sintiendo el calor de su cuerpo filtrándose hacia el mío. Llevo quince años corrigiendo cuerpos. Esto debería ser rutina, pero lo que siento entre las piernas me dice que es otra cosa.

Me aparto más rápido de lo necesario, como si me hubiese quemado.

La clase continúa. Centro, diagonales. Finalmente, improvisación.

—Enseñadme algo contemporáneo. Lo que sea.

Cuando le toca a Carmen, pone música desde su móvil; algo moderno, con mucha percusión y ritmo roto, y se lanza a una secuencia que confirma todo lo que vi en los vídeos. Es violencia

controlada. Es hambre. Se mueve desde las entrañas, no desde la cabeza.

Es precioso. Es indisciplinado. Es frustrante.

Pero sigue siendo precioso.

Cuando la música se detiene, se queda en el centro, con el pecho agitado, esperando el veredicto.

—Tu instinto es muy bueno —le aseguro, midiendo las palabras—. Pero tu técnica tiene lagunas que te van a limitar. Especialmente los fundamentos clásicos. Si vamos a crear una pieza para la gala, tenemos que arreglar eso.

—Entendido —me asegura, limpiando el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Cuánto tiempo crees que llevará?

—Depende de lo rápido que aprendas.

—Aprendo muy rápido.

La clase termina y las bailarinas empiezan a salir. Debería dejarla ir. Pero mi cuerpo va por libre.

—Quédate un momento. Quiero revisar un par de cosas.

Mark, el último en salir, me lanza una mirada de advertencia que decido ignorar por completo.

Cuando nos quedamos solas, el estudio parece hacerse más pequeño.

—Tu baile contemporáneo es bastante fuerte —empiezo, cruzándome de brazos—. Pero Meridian no es solo eso. Integramos clásica, moderna... La técnica impecable no es opcional aquí, Carmen. Es la base.

—¿Y si el público no quiere la perfección técnica? —pregunta, imitando mi postura, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Y si quieren ver algo más real? ¿Más visceral?

—Pueden querer las dos cosas.

—¿O tal vez muchas compañías de danza se quedan atascadas en métodos que ya no les importan a nadie?

El silencio que sigue es denso, peligroso.

Doy un paso hacia ella. Amenazante.

—Cuidado —susurro, señalándola con el dedo.

—Solo digo —interrumpe, levantando la barbilla— que he visto el trabajo de Meridian. Es bonito. Perfecto, sí. Pero ¿qué la diferencia de las demás? No puede competir con las grandes y por eso estas compañías se hunden mientras otras cosas más arriesgadas venden entradas.

—¿Se hunden? —protesto, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello—. ¿Quieres hablar de finanzas? ¿De riesgo? He metido cada céntimo que tengo en este suelo que pisas. Doce personas dejaron trabajos fijos porque yo les prometí que podíamos hacer arte que importaría a los espectadores. Así que no entres aquí el primer día a darme lecciones y decirme que estamos atascados.

—No quería... de verdad —se disculpa, retrocediendo medio paso.

—Tienes veinticinco años. Tienes talento. Y tienes cero idea de lo que cuesta levantar esto cuando toda la industria está esperando que te estrelles —continúo, golpeando su pecho con la punta de mi dedo índice.

—Esto no va de demostrarle a tu antigua compañía de danza que se equivocaron contigo. Es evidente que se equivocaron, he visto vídeos recientes y sé cómo bailas. Pero deberías plantear algo distinto, diferenciarte del resto si quieres que Meridian triunfe. Al menos es el modo en que yo lo veo —explica con calma.

Le agarro la muñeca. No fuerte, pero firme. Lo suficiente para hacerla callar.

Carmen se gira, demasiado rápido. El impulso la lanza hacia mí y, por puro instinto, levanto la mano libre para frenarla. Mi palma aterriza plana contra su pecho, justo sobre su corazón.

El tiempo se congela.

Su respiración es entrecortada. Sus ojos, oscuros y enormes, están a centímetros de los míos. Siento su corazón golpeando contra mi mano como un pájaro atrapado. Pum, pum, pum.

Ella se sujeta a mi antebrazo para no caerse.

Nadie se mueve. El espejo nos devuelve la imagen: mi mano en su pecho, sus dedos en mi brazo, la tensión crepitando en el aire. Veo sus pestañas, largas y oscuras, sus labios entreabiertos, el pulso latiendo en su garganta.

Merde.

Me aparto tan bruscamente que Carmen se tambalea.

—Perdón —me disculpo—. Eso ha sido... no debería...

—Está bien —me asegura mientras retrocede, poniendo un metro entre nosotras—. Yo tampoco debería haber dicho eso. Meridian es... sé que es importante para ti.

—Mañana empezamos a las nueve en punto. Por favor, no llegues tarde —le recuerdo.

**

No veo la fotografía hasta seis horas más tarde.

Mark entra en mi despacho con el portátil abierto y esa cara de funeral que significa que el universo ha encontrado una forma nueva y muy creativa de jodernos la vida.

—No te enfades —empieza a modo de saludo.

—Esa frase nunca acaba bien.

—Shanna estuvo aquí esta mañana haciendo fotos para la web, te acuerdas, ¿verdad? —indica, girando el portátil hacia mí—. Ha subido esto a Instagram hace tres horas.

La imagen llena la pantalla. Somos Carmen y yo en el Estudio A. Congeladas justamente en *ese* momento. Mi mano en su pecho. Sus ojos clavados en los míos. La intensidad es tan palpable que casi traspasa la pantalla. La luz, el ángulo... todo conspira para que parezca exactamente lo que no era.

O quizá lo que sí era.

El pie de foto: *La directora Isabela Montrésor trabajando la técnica con nuestra nueva residente Carmen Arriaga. La química de estas dos es* 🔥🔥🔥 *#danza #pasión*

—Cuatro mil *likes* —anuncia Mark.

—¿Qué?

—Y subiendo. Subiendo mucho. Los comentarios son... interesantes, por decirlo de algún modo.

Bajo la vista y comienzo a leer.

—Madre mía cómo se miran…

—La química entre esas dos es brutal.

—No quiero decir nada, pero hay algo entre ellas seguro.

—A Isabela se le tendría que caer la cara de vergüenza, aprovechándose de una bailarina mucho más joven. La última vez no acabó bien.

—Yo tengo 23 y dejaría que Isabela me hiciese todo lo que ella quiera —responde alguien al comentario anterior*.*

Joder.

—Elizabeth lo ha visto —dice Mark con cautela—. Quiere una reunión. Ahora.

—¿Para qué?

—Nada bueno, supongo.

—Joder, Mark, no es lo que parece, te lo juro. Yo no…Hay que quitar la foto cuanto antes —protesto.

—Sabes que no serviría de nada, Isa. Sería como admitir que ocurrió de verdad. Yo te creo, ¿vale? Vamos a ver qué dice Elizabeth, pero supongo que tendremos que preparar un comunicado de prensa desmintiendo cualquier tipo de relación entre vosotras y ya está.

—¿Carmen lo ha visto?

—Viene de camino.

—¿Viene de camino? —repito confusa.

—Órdenes de Elizabeth —se defiende, encogiéndose de hombros—. Por cierto, es un pedazo de foto, no me extraña que esté triunfando en las redes. La tensión sexual entre vosotras es…

—No hay ninguna tensión sexual, gilipollas —gruño, empujándole fuera de mi despacho.

**

Elizabeth Harper llega a las siete de la tarde con una botella de vino que cuesta más que mi alquiler.

—No bebemos en reuniones de trabajo —le recuerdo.

—Esto no es trabajo, querida. Es supervivencia —explica, descorchando la botella sin dar más explicaciones—. Y, créeme, vas a necesitarlo.

Carmen llega cinco minutos más tarde. Se ha puesto unos vaqueros y una blusa blanca que debería ser ilegal de lo bien que le queda. Se sienta en la silla más alejada posible.

Elizabeth va al grano. Gira su portátil hacia nosotras.

—La foto está por todas las redes. Nunca habíamos tenido nada igual. Y cuando digo nunca, me refiero a que posiblemente ha tenido más *engagement* que todas nuestras publicaciones del año juntas.

—¿Y? —pregunto sin entender nada.

—Y la gente piensa que estáis liadas —responde con naturalidad mientras lee algunos de los comentarios.

—Hay que borrarla y hacer un comunicado de prensa, Elizabeth. La gente no puede pensar que…

—Desde el punto de vista de relaciones públicas, esto es oro puro —me interrumpe.

Me atraganto con el vino.

—Elizabeth... ¿qué coño estás proponiendo?

—Escuchadme. Tenéis cinco semanas para el *showcase*. Necesitamos vender quinientas entradas a sesenta pavos para no cerrar el chiringuito. La publicidad normal es cara y lenta. Esto... esto es gratis y es viral.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, no me gusta —insisto, mientras observo que Carmen abre los ojos de par en par.

—Es solo marketing. Dejad que la gente crea lo que ya quiere creer. No confirmamos nada, pero tampoco lo negamos. Unas fotos más. Una entrevista hablando de vuestra profunda conexión artística. Redes sociales. Solo tres meses. Hasta después de la gala.

El silencio que se forma en la sala es absoluto. Solo se oye el zumbido de las luces fluorescentes.

—Estás sugiriendo —digo lentamente— que… ¿que finjamos una relación?

—Estoy sugiriendo que no corrijáis a la audiencia, nada más —explica encogiéndose de hombros.

—Es mentir —protesta Carmen.

—Es no decir toda la verdad —corrige Elizabeth.

Miro a Carmen. Ella parece de pronto muy interesada en su copa de vino.

—No. Ni de coña. Me niego —respondo con rotundidad, dando un pequeño manotazo en la mesa—. Hay que sacar un

comunicado de prensa y…

—Entonces perdemos la ola. En una semana la foto será historia. Pero si actuamos ahora... podemos salvar la compañía —me corta Mark. En el fondo, tiene razón.

—Tres meses —murmura Carmen—. ¿Y luego?

—Luego rompéis de manera amistosa. Ya sabes, seguimos siendo buenas amigas y bla, bla, bla. Toda esa mierda. Tu nombre suena mucho más para futuros contratos, la compañía se salva, y aquí paz y después gloria —le explica como si hiciese esto todos los días—. Os dejamos a solas unos minutos, quiero una respuesta —agrega.

Cuando Mark y Elizabeth salen de la sala de juntas, bebo mi copa de vino de un trago y me sirvo otra.

—¿De verdad estamos considerando esto? —pregunta Carmen, pidiéndome la botella.

—No lo sé. ¿Tú qué piensas?

—Yo he preguntado antes —insiste.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Que salga mal. Que la gente se dé cuenta.

—O que funcione —digo sin pensar.

—¿Que funcione? —repite sorprendida—. Eso no va a ocurrir, ya te lo digo.

Quiero disculparme por mi estúpido comentario, pero Carmen se adelanta.

—Tres meses. Solo fotos. Apariciones públicas. Nada real —advierte.

—Nada real, por supuesto —confirmo.

—Mierda, es una puta locura, pero está bien. Adelante. Quiero saber qué pretende esa tal Elizabeth —accede, llevándose una mano a la frente y negando lentamente con la cabeza.

Capítulo 4

Carmen

La primera mentira que me cuento a mí misma esa noche es que esto es solo trabajo.

Me quedo despierta hasta las dos de la madrugada en el apartamento que Meridian me ha buscado. Es un estudio funcional en Pilsen con paredes que parecen hechas de papel de fumar y desde el que se escucha la banda sonora constante del tráfico de la calle 18. Con los ojos muy abiertos y mirando al techo, repito las condiciones de Elizabeth como si fuese el Padre Nuestro.

Tres meses. Apariciones públicas medidas al milímetro. Fotos estratégicas. Entrevistas centradas en la "profunda colaboración artística". Nada explícito, nada que cruce líneas que no se puedan deshacer más tarde.

En resumen; nada real.

A ver, llevo toda la vida actuando.

¿Qué es esto sino otro papel? Carmen Arriaga, la novia devota. Carmen Arriaga, liada románticamente con una mujer catorce años mayor cuyo corazón sentí latir contra mi palma hace apenas unas horas.

Profesional. Sencillo.

El problema es que, cuando por fin consigo cerrar los ojos, sueño con unas manos corrigiéndome la postura y me despierto con un calor en el pecho que no tiene nada de profesional y mucho de problema gordo.

Elizabeth entra en el estudio el jueves por la mañana armada con un PowerPoint y la energía de alguien que podría haber desayunado almas.

—Primera lección de marketing —anuncia, proyectando una diapositiva en la pared de la pequeña sala de reuniones—. Regla número uno: la autenticidad gana a la perfección. La gente huele la química prefabricada a kilómetros. Detectarán una mentira.

Me siento al otro lado de la mesa, manteniendo una distancia de seguridad prudencial con Isabela. Ella lleva el pelo en ese moño bajo de siempre, la espalda tan recta que parece que se ha metido un palo de escoba por el culo. Parece exactamente lo que es: una directora artística en una reunión de negocios.

No parece alguien que supuestamente se acuesta con la mujer sentada a dos metros de ella.

—Empecemos por lo básico —continúa Elizabeth—. Contacto físico casual. El tipo de roces que las parejas hacen sin pensar —explica, haciendo un gesto con la mano, impaciente—. Acercaos. Parecéis dos niñas de catorce años que no se conocen de nada en la sala de espera del dentista.

Arrastro mi silla. Isabela hace lo mismo. Nuestras rodillas quedan a un suspiro de tocarse.

Casi.

—Más cerca —ordena Elizabeth.

Isabela ajusta su silla otros quince centímetros. Noto el calor de su cuerpo a través de los pantalones vaqueros, peleando contra el aire acondicionado demasiado agresivo del estudio.

—Bien. Ahora, Isabela, pon la mano en la rodilla de Carmen. Como si para ti fuese la cosa más natural del mundo.

Observo cómo su mano se mueve; lenta, de manera deliberada, con ese control absoluto que tiene sobre cada músculo, por pequeño que sea, hasta que su palma aterriza justo encima de mi rodilla.

Y el mundo pega un frenazo.

No es diferente a las correcciones en clase, me digo a mí misma. Manos en caderas, en hombros, recolocando una lumbar. Profesional. Mecánico. Nada más.

Salvo que esto no es una corrección técnica. Es Isabela tocándome porque se supone que *queremos* tocarnos.

—¿Cómo se siente eso? —pregunta Elizabeth, observándonos con la intensidad de una bióloga ante una nueva especie de bacteria.

—Bien —miento con un suspiro.

Lo que realmente siento es que cada terminación nerviosa de mi pierna se ha encendido como un árbol de Navidad. Podría dibujar un mapa exacto del lugar donde cada uno de sus dedos hace contacto con mi piel.

—¿Isabela?

—Bien. Natural —admite, y su voz sale completamente neutra. Profesional. Como si tener la mano en mi muslo no significase absolutamente nada para ella.

Lo cual, probablemente, es cierto. No significa nada.

Soy yo la única que está hiperventilando por dentro.

Obviamente.

—Excelente. Ahora cambio. Carmen, cógele la mano a Isabela. Entrelazad vuestros dedos —ordena, señalando con la barbilla.

Extiendo la mano. Sus dedos están fríos cuando se entrelazan con los míos, o quizá es que los míos están ardiendo. Es imposible saberlo cuando mi pulso golpea tan fuerte que temo que se me vaya a salir el corazón por la boca.

—Ahora una mirada —continúa Elizabeth—. A mí no. La una a la otra. Madre mía, parecéis dos crías.

Giro la cabeza. Isabela ya me está mirando.

Ojos verdes. A apenas medio metro de mí. Veo la misma intensidad feroz del estudio durante la evaluación, pero hay algo diferente también. Algo que no puedo nombrar, porque nombrarlo significaría admitir lo que espero que sea.

—Muy bien, esto es lo que captarán las cámaras —dice Elizabeth, y casi se me olvida que hay alguien más en la habitación —. Esta química. Este... lo que sea esto. Quiero que lo recordéis cuando estéis en público. No estáis actuando. Solo estáis... siendo.

Siendo. Como si fuese tan fácil.

La mano de Isabela se aprieta alrededor de la mía —un espasmo tan breve que casi me lo pierdo— antes de soltarme.

La primera cita pública es el sábado a mediodía en *O'Malley's Last Stand*, un sitio moderno en Pilsen que Elizabeth ha elegido porque "parece auténtico sin ser cutre". Traducción: lo suficientemente fotogénico para Instagram, pero no tan pijo como para parecer un montaje.

Llego quince minutos antes de tiempo, porque la puntualidad es lo único que puedo controlar en todo este desastre, y me siento junto a la ventana. El fotógrafo de Elizabeth, un chaval de veinte años con una cámara que cuesta más que mi vida, ya está posicionado en la acera de enfrente, fingiendo hacer fotos al paisaje urbano.

Sutil. Disimulado como un elefante en una cacharrería.

Estudio el menú, aunque ya sé lo que voy a pedir. Me tiemblan las manos lo suficiente como para que las letras bailen.

Esto es ridículo. He bailado frente a cientos de personas. He hecho audiciones para coreógrafos que me diseccionaban con la mirada como si fuese ganado en una subasta. He mentido a mi madre cada semana durante cinco años sobre dónde estaba, qué hacía y con quién me acostaba.

Una cita falsa con mi jefa no debería sentirse como saltar de un acantilado sin paracaídas.

La puerta se abre. Entra Isabela.

Lleva vaqueros oscuros y una blusa blanca sencilla que, de alguna manera, parece alta costura en su cuerpo. Y lleva el pelo

suelto. Nunca la había visto con el pelo suelto. Le cae sobre los hombros en ondas suaves.

Mierda.

Se me olvida hasta cómo respirar.

—Hola —saluda, deslizándose en la silla de enfrente—. ¿Llevas mucho esperando?

—Quince minutos —respondo, forzando una sonrisa—. Vieja costumbre. Mi madre decía que llegar tarde era faltarle al respeto al tiempo de los demás.

—Tu madre suena como mi primer maestro de ballet —agrega, cogiendo el menú y sus labios se curvan en una sonrisa preciosa—. Él decía que llegar tarde era anunciar al mundo que tu tiempo valía más que el suyo.

—¿Y tenía razón?

—Absolutamente. También era un tirano perfeccionista que me hizo llorar más veces de las que puedo recordar. Pero me convirtió en mejor bailarina —recuerda, mirándome por encima de la carta.

Aparece el camarero. Pedimos: tacos de pescado para mí, pollo para ella, agua para las dos porque es solo un almuerzo, solo negocios, solo una *performance* para el tipo de la cámara que dispara fotos desde la acera de enfrente.

Pero cuando el camarero se va y nos quedamos solas en nuestra burbuja, Isabela se inclina hacia delante.

—¿Y bien? ¿Cómo llevas todo esto? —pregunta con un susurro.

—¿Sinceramente?

—Preferiblemente, sí.

Bajo la voz, aunque nadie está lo suficientemente cerca para escucharnos.

—Me siento como un fraude. Como si en cualquier momento alguien fuese a darse cuenta de que estamos fingiendo.

—Entonces estamos fingiendo bien —admite mientras da un sorbo al agua sin quitarme ojo—. Elizabeth dice que la interacción en el post original de Instagram sigue subiendo.

—¿Has leído los comentarios?

—Mark me advirtió que no lo hiciera.

—Sabio consejo, porque alguno no te iba a gustar —le aseguro.

Yo me he leído cada uno. Los que especulan, los que admiran nuestra química, y los que hacen preguntas sobre la diferencia de edad que me revuelven el estómago.

—¿Son malos? —pregunta con preocupación.

—Algunos. Muy pocos, no debes preocuparte —me apresuro a explicar, aunque retuerzo con disimulo la servilleta en mi regazo—. Algunos preguntan si esto es... apropiado. Dado que eres mi directora y hay algo de… bueno, ya sabes, de…

—Diferencia de edad —suspira, terminando la frase por mí.

—Sí, eso.

—Soy catorce años mayor que tú y estoy en una posición de autoridad. Si esto fuese una... —se detiene, pensando sus palabras

—. Si fuese una relación real, supongo que serían preguntas válidas.

Pero no es real. Ese es el punto.

Entonces, ¿por qué esa distinción me duele como si me diesen un pellizco?

Llega la comida. Comemos. Hablamos de Chicago, del barrio, de la pieza que voy a crear para el *showcase*. Conversación segura. Profesional.

Hasta que Isabela dispara:

—¿Por qué dejaste Puerto Rico?

La pregunta llega de un modo tan casual que casi respondo con la verdad. Casi digo: *Porque tenía diecinueve años y me estaba acostando con mi profesora de baile contemporáneo y estaba aterrorizada de que se me notara.* Casi digo: *Porque cada domingo cuando mi madre me preguntaba si me gustaba algún chico sentía que me ahogaba.* Casi digo: *Porque ser quien soy allí significaría perder a todos los que quiero.*

En su lugar, digo:

—Quería más oportunidades. Puerto Rico es... pequeño. Para la danza profesional, quiero decir.

—¿Y tu familia? ¿Te apoyaron?

Suelto una risa amarga que no pretendía que sonase tan patética.

—Mi madre piensa que la danza es una fase. Que al final sentaré la cabeza y volveré a casa.

—¿Sentar la cabeza implica...?

—Casarme. Tener hijos. El plan divino completo, según ella.

—¿Y ese no es tu plan? —pregunta, inclinándose hacia delante.

—No —respondo sin dudar—. No lo es.

Isabela me estudia durante un momento demasiado largo que hace que se me erice la piel. Luego pregunta, tan bajo que tengo que inclinarme para oírla.

—¿Y qué quieres tú, Carmen?

A ti, pienso. Y el pensamiento llega tan claro y sin invitación que casi lo escupo sin pensar.

—Quiero hacer arte que importe —digo en cambio—. Quiero que la gente vea mi trabajo y sienta algo real. Quiero dejar de vivir para cumplir las expectativas de los demás, sobre todo de mi madre.

La sonrisa de Isabela es pequeña, pero auténtica.

—Me parece un buen comienzo —suspira.

Cuando llega la cuenta, extiendo la mano sin pensar.

Cubro la de Isabela.

Contacto piel con piel. Un chispazo de calor inmediato me sube por el cuello. Veo el pulso de Isabela en su muñeca, latiendo justo bajo mis dedos.

Desde fuera, el fotógrafo de Elizabeth probablemente ha capturado el momento perfecto: dos mujeres peleando por pagar, manos tocándose, sonrisas suaves, casi tímidas.

Lo que las cámaras no pueden captar es cómo se me corta la respiración. La manera en que los dedos de Isabela se curvan

ligeramente bajo los míos, sin apartarse, pero sin aceptar tampoco el gesto del todo.

—Esto se siente... —empiezo.

—¿Cómo se supone que debe sentirse? —pregunta ella.

—Más real de lo que esperaba —admito con un soplido de rendición.

El momento se estira entre nosotras como una goma elástica a punto de romperse. Debería soltarle la mano. O ella debería apartarse. Como mínimo, una de las dos debería recordar que esto es tan solo una *performance*, un montaje, una transacción comercial para vender entradas y atraer donantes para la compañía de danza.

Ninguna se mueve.

—Carmen...

El camarero aparece de pronto y el hechizo se rompe. Me aparto, dejo que Isabela pague porque eso es lo que habíamos acordado: turnarnos para dar autenticidad a nuestra supuesta relación.

Fuera, el fotógrafo ha desaparecido, su trabajo está hecho.

—¿Entonces? —pregunta Isabela—. Nuestra primera cita oficial. ¿Nota del jurado?

—Creo —confieso con cuidado— que cualquiera que vea esas fotos va a creer que esto va en serio.

—¿Eso es bueno?

—Ese es el punto, ¿no?

—Sí, supongo —murmura bajando la mirada y metiendo las manos en los bolsillos—. El punto.

Caminamos de vuelta al estudio en un silencio que vibra con todo lo que no nos estamos diciendo, pero que sentimos. Al menos yo.

La entrevista con una de las principales revistas artísticas de la ciudad es el martes siguiente, en una oficina genérica de Lincoln Park con paredes blancas y un periodista llamado David Clark, que tiene unos treinta y cinco años y la energía de quien ha hecho esto mil veces.

—Gracias por venir —saluda, señalando las sillas frente a su escritorio—. Esto será bastante informal, ¿vale? Solo algunas preguntas sobre la compañía, la residencia y... —se detiene y sonríe de una forma que sugiere que sabe exactamente qué está buscando — la innegable química entre vosotras.

Noto cómo Isabela se pone rígida a mi lado de manera involuntaria.

—Empecemos por lo básico —continúa David—. Isabela, fundaste Meridian hace dieciocho meses tras dejar el Cavalier Ballet. ¿Qué te inspiró a dar ese salto?

Isabela cambia al modo profesional sin esfuerzo: espalda recta, voz modulada, cada palabra elegida con la precisión de un cirujano y rematada por ese exquisito acento francés.

—Cavalier es una institución hermosa con estándares de calidad increíbles. Pero tras casi dos décadas bailando con ellos, me di cuenta de que necesitaba crear un espacio para propuestas diferentes sobre lo que los bailarines pueden hacer después de los

treinta y cinco. Meridian existe para probar que la experiencia y la madurez artística importan tanto como la juventud.

—Y Carmen, tú vienes del circuito comercial. Es una gran transición. No puede ser nada fácil.

—No lo es —admito—. Pero estaba lista para crear algo más personal. Más arriesgado.

—¿Arriesgado cómo?

Siento la mirada de Isabela posarse sobre mí.

—Un trabajo que viene de un lugar más profundo que simplemente hacer que alguien quede bien en un videoclip. Un trabajo que dice algo verdadero sobre quién soy.

David anota algo.

—Y vosotras dos habéis desarrollado una conexión bastante rápida. La foto que se hizo viral... esa química es innegable.

Aquí está. El momento para el que Elizabeth nos ha preparado.

Extiendo la mano y cojo la de Isabela. Entrelazamos nuestros dedos sin dudar. El movimiento es tan natural que cualquiera creería que llevamos meses haciéndolo.

—La química artística no se puede forzar —explica Isabela con una sonrisa por la que se podría morir—. O está ahí o no está.

—¿Y obviamente está ahí?

—Obviamente —repite, apretando su mano sobre la mía y esta vez estoy casi segura de que no es solo para las cámaras.

David se inclina hacia delante.

—Tengo que preguntar, y perdonad si es algo demasiado personal, no estáis obligadas a responder, pero la diferencia de edad, la dinámica de poder con Isabela siendo tu directora artística... ¿os preocupa?

El silencio dura un latido o dos de más.

—Soy plenamente consciente de ello —admite Isabela, la voz algo más tensa que antes— de cómo se ve esto. Catorce años no es una brecha insignificante a la edad de Carmen. Y sí, estoy en una posición de autoridad en Meridian.

—Pero —interrumpo antes de poder frenarme— no estoy aquí porque Isabela sea mi jefa. Estoy aquí porque es la coreógrafa más brillante con la que he trabajado. Porque desafía mi forma de bailar. Porque... —Me detengo, buscando palabras que no suenen a mentira—. Porque me hace querer ser mejor. Como artista y como persona.

Las palabras salen más verdaderas de lo que pretendía. Joder, salen del alma.

David sonríe.

—Ese va a ser un gran titular.

Esa noche, estoy tumbada en la cama de mi apartamento, con el móvil iluminando la oscuridad.

Julia ha llamado dos horas antes, con la voz cargada de pura emoción.

—¿Has visto tu Instagram?

Lo he visto. Cinco mil doscientos seguidores cuando acepté la residencia. Doce mil trescientos ahora.

—Dos coreógrafos han preguntado por ti —prosigue Julia—. Gente seria, Carmen. Quieren saber si estás disponible para audiciones en primavera. Esto es... esto es exactamente el tipo de atención que necesitabas.

—Es por el noviazgo falso —le recuerdo, chasqueando la lengua—. No por mi trabajo real. Ni siquiera han visto mi trabajo.

—Es visibilidad. Y la visibilidad abre puertas —me recuerda, haciendo una pausa—. ¿Cómo va? ¿Con Isabela?

—Bien. Va... bien, supongo.

—¿Solo bien?

—Julia...

—Ten cuidado, ¿vale? Sé que es estrategia, pero tú tienes tendencia a... —Otra pausa—. Solo recuerda que esto es algo temporal.

Después de colgar, me quedo mirando al techo, repitiendo las palabras de Julia como un mantra. Temporal. Estrategia. Tres meses.

El móvil vibra. Mensaje de Isabela.

¿Sigues despierta?

Escribo: *Sí. Todavía procesando la entrevista.*

Creo que ha ido bien.

¿Tú crees?

David parecía convencido. Eso es lo que importa.

Miro las palabras. Luego, antes de que pueda cuestionarlo, escribo:

¿Cuándo dices que le convenciste? ¿Cuando te cogí la mano o antes?

Los tres puntos aparecen. Desaparecen. Aparecen otra vez.

No estoy segura de que hubiera un antes.

Leo el mensaje cuatro veces, con el corazón haciendo acrobacias complicadas en el pecho.

Escribo: *Buenas noches, Isabela.*

Buenas noches, Carmen.

Me obligo a apagar el teléfono. A cerrar los ojos. A no pensar en nuestras manos entrelazadas, ni en químicas que no se pueden forzar, ni en la manera en que Isabela dijo mi nombre en ese restaurante como si fuese algo precioso.

El sueño llega poblado de estudios de danza y de espejos que reflejan verdades que no puedo admitir despierta.

Capítulo 5

Isabela

La segunda semana comienza con una mentira piadosa que me cuento a mí misma a las siete y media de la mañana: no estoy aquí esperando a Carmen.

Estoy aquí por la luz. Por el silencio. Por la paz espiritual que me da el olor a linóleo y sudor rancio. No tiene nada que ver con el hecho de que Carmen ha empezado a llegar a las ocho en lugar de a las nueve, y mi cuerpo, traidor y patético, ha decidido sincronizarse con el sonido de sus pasos en el pasillo.

Me siento en mi pecera de cristal, fingiendo leer un Excel que me sé de memoria, mientras mi café se enfría y mi dignidad se evapora.

A las siete y cincuenta y cinco, la puerta se abre.

—Buenos días —saluda Carmen.

Lleva el pelo en un moño que es un insulto a la física y a la laca, con mechones rizados escapando por todas partes como si intentasen salir huyendo de su cabeza. Trae dos cafés. Otra vez.

—Café —dice, dejando el vaso de cartón en la esquina de mi mesa.

—Gracias. ¿Lista para sufrir?

Carmen sonríe. No es la sonrisa de "mira qué felices somos" que ensayamos para Instagram. Es una sonrisa pequeña, de las que no enseñan los dientes. Preciosa.

—Nací lista para que me destroces los cuádriceps, jefa —bromea.

El ensayo de hoy es una tortura china diseñada por mí misma.

Llevo quince años coreografiando. Sé cómo sacar petróleo de una piedra, cómo empujar un cuerpo hasta el límite sin romperlo. Pero ver a Carmen moverse con la secuencia que he creado para ella es muy diferente. He diseñado *Convergence* como una metáfora sutil sobre dos fuerzas enfrentadas que chocan y se sincronizan. Mark, con su tacto habitual, lo llamó "porno emocional apenas disimulado", pero me da igual.

Aun así, viéndola ahora, observando cómo ejecuta una serie de giros contemporáneos que se funden en piruetas clásicas, temo que Mark tenga razón.

—Para, para —ordeno, cortando la música—. Tu *spotting* es un desastre en la tercera rotación. Estás perdiendo el eje porque tu cabeza llega tarde a la fiesta.

Carmen se detiene, respira fuerte. El sudor le brilla en la clavícula, bajando hacia el escote de su camiseta de tirantes, y me gustaría secarlo con la punta de los dedos.

Mierda, no mires el sudor. Mira sus ojos.

—Enséñamelo otra vez. *Despacio*.

Repite la secuencia a medio tiempo. Observo la línea de su columna, la rotación casi violenta de sus caderas, la forma en que sus brazos cortan el aire. Técnicamente, sigue siendo un queso suizo. Artísticamente, es un incendio forestal.

Me acerco. No debería acercarme tanto, pero mis pies se mueven solos.

—Aquí —le indico, colocando las manos sobre sus hombros. La piel le arde a través de la tela fina—. Tu torso se desploma hacia delante como si pidieses perdón. No pidas perdón —repito, presionando mis pulgares contra sus omóplatos, forzándola a abrir el pecho—. Proyecta desde el esternón. Ocupa espacio.

Bajo las palmas de las manos y siento cómo inhala. Sus costillas se expanden contra mis dedos. Huele a colonia de vainilla.

Estamos demasiado cerca. Veo una gota de sudor resbalar por su sien. Veo el pulso acelerado en su cuello. Veo que ella me está mirando los labios.

Profesionalidad, Isabela. Eres su jefa. Tienes treinta y nueve años y una hipoteca sobre este edificio.

Me aparto bruscamente, como si me hubiese dado un calambre.

—Mejor, mucho mejor —le aseguro, aunque mi voz suena tan tensa que podría usarse para cortar vidrio—. Tómate cinco minutos de descanso. Luego pasamos al *partnering*.

Me giro hacia la mesa de sonido para que no vea cómo me tiemblan las manos.

**

El viernes por la noche, Elizabeth nos envía a la inauguración de una galería en River North. "Networking", lo llama. "Postureo necesario con gente que tiene más dinero que gusto", traduzco yo.

El plan es sencillo: dejarnos ver, ser encantadoras, tocar algún brazo, reírnos de chistes sin gracia y parecer la pareja artística del año.

Llego tarde y de mal humor, pero se me pasa de golpe cuando veo a Carmen. Lleva un vestido negro sencillo, de esos que parecen un trapo en la percha y alta costura en el cuerpo correcto. Deja ver unos brazos perfectamente definidos y unos hombros perfectos.

Está parada frente a una escultura de metal retorcido con el ceño fruncido. Me acerco por detrás, copa de vino tinto en la mano.

—¿Qué te sugiere? —le susurro al oído. Quizá demasiado cerca.

Carmen no se sobresalta. Se inclina ligeramente hacia mí, invadiendo mi espacio personal con una naturalidad que me alarma.

—Sinceramente... parece que un camión de la basura ha tenido un accidente contra una ferretería —ironiza.

Se me escapa una carcajada que hace que dos señoras con perlas se giren a mirarnos.

—Creo que va sobre cómo nos rompemos bajo presión —le explico, y de repente ya no me hace tanta gracia—. Sobre cómo nos vemos deformados en los trozos rotos.

—Eso es... bonito. Y deprimente al mismo tiempo.

—El mejor arte suele ser las dos cosas.

—¿Como el ballet?

—Como el ballet —repito como una tonta.

Nos quedamos mirando la escultura un poco más, hombro con hombro. Siento el calor de su brazo contra el mío. Es reconfortante. Es peligroso.

—Vamos —digo, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda. Es un gesto para la galería, me digo a mí misma. Aunque mis dedos se curvan instintivamente en su cintura.

Estamos comentando lo pretencioso de una de las esculturas cuando se nos acerca un tipo con traje y corbata. Debe tener cuarenta y tantos, traje caro, mirada de depredador aburrido.

—Disculpad —saluda, ignorándome a mí de manera descarada para clavar los ojos en el escote de Carmen—. No he podido evitar notar... tu apreciación por la obra.

Carmen se tensa. Lo noto bajo mi mano.

—Es fascinante —disimula, educada pero distante.

—Soy James —dice el tipo, dando un paso innecesario hacia ella—. Conozco al artista. Si te interesa, puedo presentártelo... o podríamos ir a tomar algo y te explico el subtexto.

El subtexto es que quiere llevársela a la cama. No hay que ser muy listo para adivinarlo.

Siento una oleada de algo demasiado parecido a los celos recorrer mi cuerpo.

Me deslizo entre ellos, pasando mi brazo alrededor de la cintura de Carmen y atrayéndola contra mi cadera con una firmeza que no debería dejar lugar a dudas.

—Buenas noches —digo con mi mejor sonrisa de tiburón—. Isabela Montrésor. Directora de Meridian y pareja de la señorita a la que estás aburriendo.

El tipo parpadea, retrocede un paso y murmura una disculpa antes de huir hacia la barra libre.

Carmen se gira en el círculo de mi brazo y me mira, levantando una ceja con diversión.

—¿Te has puesto celosa?

—Ese idiota te estaba mirando como si fueses un solomillo.

—En esta sala no hay fotógrafos, Isabela. No hace falta que me marques como tuya —me recuerda.

—No lo hacía por los fotógrafos —se me escapa.

Mierda.

Carmen sonríe.

—Venga, vamos a beber otra copa de vino antes de que me ponga a analizar lo que acabo de escuchar —propone.

**

El lunes, Mark entra en mi despacho con esa cara de suficiencia que pone cuando tiene un as en la manga y quiere que le supliques que te lo cuente.

—Suéltalo de una vez, Mark. No tengo tiempo para teatro —gruño.

—¿Recuerdas que pediste un milagro?

Levanto la vista del portátil.

—Necesito un milagro. ¿Qué ha pasado?

—Cinco donantes potenciales han llamado desde el artículo en la revista esa de arte que dices que tiene tanta influencia. Elizabeth dice que podrían salvar la temporada.

El aire se me escapa de los pulmones y tengo que cerrar los ojos unos segundos.

—¿Están confirmados?

—Pendientes de reunión. Pero serios. Y la venta de entradas para el *showcase* ha subido un ochenta y cinco por ciento. Ochenta. Y. Cinco.

Hago el cálculo mental rápido. Si esto sale... sobrevivimos. No solo sobrevivimos; prosperamos.

—Joder —susurro—. Está funcionando.

—Elizabeth es un genio del mal —ironiza—. Por cierto, quiere que lleves a Carmen a cenar a ese bistró francés de Old Town. Elizabeth quiere fotos con luz de velas y toda esa mierdecilla romántica. Pero cuidado cuando se apaguen las velas y os quedéis a solas —advierte, alzando las cejas.

—¿No tienes trabajo que hacer, Mark? Porque yo tengo una compañía que salvar.

—Ya me voy. Ya me voy. Solo te digo una cosa. Veo los ensayos. Esa química no sale en ningún manual de marketing, es auténtica. Ten cuidado, ¿vale?

**

El bistró francés donde nos han reservado la cena es perfecto. Luz tenue, manteles de hilo, vino caro. El fotógrafo de Elizabeth

aparece a los postres, dispara su ráfaga de fotos que pretenden ser robadas y desaparece como un ninja.

Cuando nos quedamos solas, el silencio debería ser incómodo, pero no lo es. En absoluto.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice Carmen, jugando con su copa de vino.

—Dispara.

—¿Por qué el ballet? —pregunta, clavándome la mirada—. Podrías haber hecho cualquier cosa. Tienes la mente para dirigir una multinacional. ¿Por qué elegir algo tan... brutal?

Corto un trozo de mi postre.

—¿Brutal?

—La forma en que trata a los cuerpos. A las mujeres. El modo en que deja nuestros pies. La fecha de caducidad.

Dejo el tenedor en el plato.

—Lo elegí porque a los cinco años vi *La Bayadère* y vi a mujeres desafiando la gravedad. Vi algo imposible hecho carne. Y pensé: yo quiero hacer eso. Quiero ser un milagro —recuerdo, bebiendo un largo trago de vino—. Pasé muchos años siéndolo. Hasta que Cavalier decidió que mi tipo de milagro ya no vendía entradas.

—¿Eleonora Rousseau?

Me tenso.

—¿Cómo sabes ese nombre? —pregunto confusa.

—He hecho mis deberes. Leí las entrevistas antiguas —admite, inclinándose hacia delante y cogiendo mis manos entre las suyas para apretarlas ligeramente.

—Esa misma. Me dijo que mi técnica era impecable, pero que el público quería juventud. Me ofreció papeles de carácter. Brujas. Madrastras —a Carmen se le escapa una pequeña risa—. Me dijo que aceptara mi irrelevancia con gracia. Que a todo el mundo le llega el final de su carrera.

—No eres irrelevante —suspira—. Eres la coreógrafa más brillante que he conocido. Y sigues bailando mucho mejor que la mayor parte de las niñas de veinte años que he visto en los teatros. Tienes fuego, y una elegancia natural que no se consigue con horas de entrenamiento, se nace con ella, Isabela. Y eso no caduca.

Siento un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de tenis.

—Gracias —consigo decir.

—¿Te arrepientes? ¿De meter todo tu dinero en Meridian?

—Todos los días. Especialmente a las tres de la mañana cuando no puedo dormir —confieso, mientras doy la vuelta a mi mano para entrelazar mis dedos con los suyos—. Pero luego veo a Lucía dando clase. Te veo a ti ensayando *Convergence*. Y se me pasa.

—Vamos a dar un paseo —propone con una sonrisa casi tímida.

Caminamos hacia el Riverwalk. Las luces de Chicago brillan sobre el agua negra como si fuesen una postal. El viento de la orilla

del lago me corta la cara, pero no me importa.

Nos sentamos en un banco. No hay nadie cerca. Solo el zumbido lejano del tráfico y el chapoteo del agua.

—Isabela —murmura Carmen, rompiendo el silencio.

—Dime.

—¿Qué sientes? ¿Qué estamos haciendo? —pregunta mientras se gira para mirarme. El viento le mueve el pelo, tapándole un ojo. Se lo aparta con impaciencia—. Y no me digas que estamos salvando la compañía. Quiero la verdad.

—Estamos siguiendo el plan de Elizabeth.

—A la mierda el plan. Si esto es solo trabajo, dímelo. Puedo hacerlo. Soy buena actriz. Pero si es... si hay algo más... necesito saberlo. Antes de que me estrelle, porque yo sí siento algo —confiesa.

Debería alejarme. Debería recitarle el manual del empleado. Debería recordarle que tengo catorce años más que ella, que soy su jefa y que esto es una locura que va a acabar muy mal.

En lugar de eso, le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Creo que yo también siento algo —murmuro antes de besarla.

El beso no es como en las películas. Es mejor. Sabe al vino tinto de la cena y a bálsamo labial de cereza que se puso al salir del restaurante. Es torpe al principio, una colisión de narices y dudas, hasta que ella pone una mano en mi nuca y profundiza el contacto, y entonces todo desaparece.

El frío, las deudas, Eleonora Rousseau, el plan de marketing de Elizabeth. Solo queda Carmen. Su lengua trazando el interior de mis labios, los suaves gemidos que se nos escapan.

Es un beso que lleva dos semanas cociéndose a fuego lento y que ahora hierve.

Cuando nos separamos, estamos las dos jadeando. Apoyo la frente contra la suya, con los ojos cerrados, intentando recordar cómo se respira.

—*Bon* —susurro—. Estamos jodidas.

—¿Mucho? —pregunta contra mis labios.

—Muchísimo.

Abro los ojos. Ella me está sonriendo.

—No me arrepiento —admite.

—Yo tampoco. Y eso es lo que me da miedo de verdad.

Nos levantamos y caminamos hacia la estación de metro, con las manos entrelazadas y metidas en el bolsillo de mi abrigo. La acompaño hasta su portal.

—¿Y ahora qué? —pregunta, parada en el escalón, quedando a mi altura.

—Ahora... —Miro la ciudad a mis espaldas, luego a ella. Tengo una compañía que salvar y un lío monumental entre manos. Pero por primera vez en meses, no me siento sola—. Ahora improvisamos.

Carmen asiente. Se pone de puntillas, me da un beso rápido y entra en el edificio.

Me quedo sola en la acera, tocándome la boca con la punta de los dedos como una adolescente estúpida.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Es un mensaje de Elizabeth: *"Las fotos han quedado genial. Mañana las subimos. Buen trabajo actuando"*.

Se me escapa una carcajada.

—Si tú supieras, Elizabeth —murmuro, guardando el móvil—. Si tú supieras.

Capítulo 6

Carmen

El teléfono vibra como una granada a punto de estallar.

Lo miro desde la otra punta del salón, con la toalla alrededor del cuello y el agua de la ducha secándose en mi espalda. Sé quién es antes de ver la pantalla. Lo presiento y una náusea repentina me sube por la garganta. El sabor a miedo de hace años, de ese que te meten en los huesos a base de misas cada domingo y silencios culpables.

Ahí está su nombre, como una acusación: *Mamá.*

Durante un segundo, pienso en no cogerlo. Podría tirarlo por el retrete. Podría mudarme a Alaska. Podría fingir que el artículo que ha aparecido en una de las publicaciones más prestigiosas de Chicago no existe y que mi tía Rosa no tiene demasiado tiempo libre y una conexión a internet demasiado rápida.

Pero soy Carmen Arriaga. Me he roto tres dedos del pie y he seguido bailando. Y cojo el maldito teléfono.

—¿Mamá?

—Tu tía Rosa me ha mandado algo —anuncia con un largo suspiro.

Ni buenos días, ni qué tal estás. Ni siquiera un te echo de menos. No grita. Ojalá me gritase. Es mucho peor. Utiliza ese tono bajo, tembloroso y cargado de decepción que sabe que me duele.

—Vale, mamá, escúchame, es complicado... yo…

—¿Complicado? —Me corta, y escucho cómo coge aire a dos mil kilómetros de distancia—. Hay fotos, Carmen. Fotos tuyas con esa mujer mayor. Te está dando la mano. Y tú la miras como si... como si no hubiese nadie más en el mundo. Y la gente comenta cosas, cosas horribles.

Me apoyo contra la pared porque las rodillas me fallan.

—Es trabajo. Es publicidad. Necesitamos inversores y...

—No me mientas —corta, y la orden cae como una sentencia —. Te he parido, Carmen. Sé cuándo mientes. Sé cuándo ocultas algo. Llevas ocultando algo años, huyendo de ciudad en ciudad como si te persiguiese el mismo diablo. Así que dímelo. Dímelo ahora y júrame por la memoria de tu abuela que es mentira.

Podría hacerlo. Podría mentir una vez más. Podría decir que Isabela es solo mi jefa, que todo es un teatro, que sigo esperando al hombre adecuado. Sería lo más fácil. Sería lo que he hecho durante los últimos diez años.

Pero entonces pienso en Isabela. En su mano limpiándome la salsa que se había quedado en la comisura de mis labios. En la forma en que me mira cuando cree que no me doy cuenta.

—No es mentira —susurro.

El sonido que hace mi madre es indescriptible. Como si algo de cristal se rompiera dentro de su pecho.

—Ay, Dios mío. Carmen... ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido elegir esta vida? ¿Es que no te enseñé nada? ¿Es que no tienes vergüenza? ¿Sabes lo que van a decir en la iglesia? ¿Y nuestras vecinas?

—Mamá, soy así. Estoy cansada de esconderlo, ya tengo suficiente edad para que no me importe lo que digan tus vecinas.

—Vives en pecado.

—Lo dudo mucho, mamá.

—No puedo apoyar esto, Carmen —me asegura con voz fría y distante, como si de pronto hubiese dejado de ser mi madre—. Le he dicho a tu tía que es mentira. Que mi hija no sería tan egoísta. Así que no me llames hasta que... hasta que entres en razón.

—Mamá, espera...

Clic.

Me ha colgado el teléfono.

Me quedo ahí, de pie en medio de mi apartamento de cuarenta metros cuadrados, mientras el mundo se desmorona en silencio. No lloro. No tengo nada de qué arrepentirme. Simplemente me deslizo hasta el suelo, abrazo las rodillas y me quedo mirando una grieta en el rodapié como si fuese algo muy interesante.

El móvil vibra de nuevo. Un mensaje de Lucía en el grupo de la compañía: *¡Ensayo general en una hora! ¡Traed café o moriré! Lo juro.*

Ensayo. Tengo que ir a ensayar. Tengo que ponerme las mallas, sonreír, hacer *pliés* y fingir que no me acaban de arrancar las raíces de cuajo.

Intento levantarme, pero el cuerpo no me responde. Es como si me hubiesen cortado los hilos.

Escribo a Isabela. Solo a ella.

Yo: No.

Es todo lo que consigo teclear.

Isabela: ¿Estás bien?

Yo: No.

Isabela: ¿Dónde estás?

Yo: Casa.

Isabela: Voy ahora mismo. No te muevas de ahí ni hagas ninguna tontería.

Debería decirle que no venga. Debería decirle que necesito estar sola para lamer mis heridas y reconstruir mi armadura. Pero la verdad es que la idea de estar sola ahora mismo me aterra más que la idea de que me vea así, hecha un desastre y con el rímel corrido.

Isabela tarda cuarenta minutos en llegar. Abre la puerta con precaución, porque como soy medio tonta, le di una copia de la llave "para emergencias", aunque ambas sabíamos que era tan solo una excusa. Trae una bolsa de papel marrón y una expresión que podría derretir los casquetes polares. No es la directora de hielo. Es... Isabela. Solo Isabela.

—Hola —suspira.

Me encuentra en la cama, hecha un ovillo bajo el edredón a pesar de que es agosto.

—Hola.

Deja la bolsa sobre la mesa y se sienta en el borde del colchón. No me toca. Sabe que si me toca ahora mismo, me romperé del todo.

—¿Qué ha pasado? ¿Me lo quieres contar? —pregunta con voz tranquila, firme. Un ancla.

—Mi madre —respondo y la palabra se me atraganta, apenas puede pasar el nudo que se ha formado en mi garganta—. Lo sabe. Se lo he confirmado. Y me ha dicho... me ha dicho que soy una vergüenza para la familia. Que no me vuelva a acercar hasta que deje de ser egoísta. Que vivo en pecado y no sé cuántas tonterías más. Pero tonterías que me han hecho mucho daño.

Isabela cierra los ojos un instante y deja escapar el aire poco a poco.

—Joder.

—Soy una decepción, Isa. Toda mi vida intentando ser perfecta. Y en un segundo, todo a la basura.

—No eres una decepción —me asegura, quitándose los zapatos y subiéndose a la cama para sentarse a mi lado—. Eres valiente. Y eres humana. Y tu madre está reaccionando desde el miedo, desde el desconocimiento, no desde la verdad.

—Duele como si me hubiesen arrancado la piel a tiras.

—Lo sé —susurra mientras me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia ella—. Yo tuve suerte. Mi salida del armario fue brindando con vino tinto con mis padres. Pero he visto esto antes, Carmen. Suelen entrar en razón. Al fin y al cabo, tu familia quiere tu felicidad por encima de todo. Piensa que tu madre ha recibido otro

tipo de educación. Necesitan tiempo para digerir que la hija que imaginó no es exactamente como ella quería.

—¿Y qué hago si no vuelve?

—Entonces construyes tu propia familia. Una que te quiera entera, no a trozos.

Me echo a llorar. No puedo evitarlo. Escondo la cara en el hueco de su cuello y se lo lleno de lágrimas. Isabela no dice nada. Solo me sostiene, acariciándome el pelo con una paciencia infinita, como si tuviese todo el tiempo del mundo para estar a mi lado.

—He arruinado tu camisa —murmuro.

—La odiaba.

Suelto una risita nerviosa.

—Mentira. Te encanta esa camisa.

—Vale, me encanta. Pero tú me encantas mucho más —bromea antes de besar mi cabeza.

Me quedo paralizada. Levanto con lentitud la cabeza para mirarla, casi con miedo. Sus ojos verdes están clavados en mí.

—¿Qué has dicho?

—Que me importas, Carmen. Mucho —confiesa mientras aparta un rizo que se me ha pegado a la frente—. No como bailarina. No como proyecto para la compañía de baile. Tú, como mujer. Con tus dramas familiares, con tu obsesión por la comida basura que es todo lo que no necesita una bailarina, con tu técnica caótica que me vuelve loca.

—Estoy hecha un desastre.

—Estás preciosa hasta con los ojos hinchados de llorar —asegura besando mi frente antes de levantarse—. Venga. He traído sopa de pollo de ese sitio pijo de la esquina. Y luego nos vamos a mi casa.

—¿A tu casa?

—Tu apartamento es un zulo, pero es lo que la compañía se puede permitir. Además, necesitas un cambio de aire de manera urgente o se te caerán las paredes encima. Tengo vino, tengo aire acondicionado y tengo una bañera en la que caben personas adultas. No acepto un no por respuesta. Olvídate del ensayo. Ya lo he cancelado.

**

El piso de Isabela en Lincoln Park es todo lo que el mío no es: espacioso, ordenado, silencioso. Huele a limpieza y a calma.

Me presta una camiseta del Cavalier Ballet que me llega por los muslos.

—Pareces una niña pequeña que ha asaltado el armario de su madre —bromea, dándome una copa de vino tinto.

—Tú eres muy alta.

—Tú eres de bolsillo —ironiza besando mi frente.

Nos sentamos en el sofá. No encendemos la tele. El silencio entre nosotras es cómodo, cálido. Me acurruco contra su costado y ella pasa el brazo por detrás de mis hombros, jugando distraídamente con mi pelo.

—¿Crees que he hecho bien? —pregunto al rato, mirando el líquido oscuro en mi copa—. ¿Diciéndoselo a mi madre?

—La verdad es siempre lo correcto, Carmen. Aunque duela. Vivir escondida te estaba matando poco a poco —murmura apretándome ligeramente el hombro—. Ahora eres libre. Y eso da mucho miedo, pero es la única forma de vivir que merece la pena.

—Gracias. Por venir. Por todo.

—No tienes que darme las gracias.

—Sí tengo. Nadie había hecho esto por mí. Quedarse cuando las cosas se ponen feas. Normalmente, la gente huye cuando ve mi equipaje emocional.

Isabela deja la copa en la mesa y coloca dos dedos bajo mi barbilla para girarme la cara y que la mire.

—Yo no huyo. Soy terca, ¿recuerdas? Y me gusta tu equipaje. Hace juego con el mío.

Me besa. Un beso, suave y corto. Cuando nos separamos, apoyo la frente contra la suya.

—Quédate a dormir —dice—. La cama de invitados es...

—No quiero la cama de invitados —suspiro.

Isabela sonríe.

—Vale. Mucho mejor —añade con un guiño de ojo.

Esa noche, en su cama enorme, no hacemos el amor. Estamos demasiado agotadas. Simplemente dormimos entrelazadas, mi espalda contra su pecho, su brazo rodeándome la cintura como un cinturón de seguridad en la cucharita más perfecta que recuerdo.

Capítulo 7

Isabela

El vestido que Elizabeth se empeñó en que lleve esta noche cuesta lo mismo que la nómina de un mes de una de nuestras bailarinas, pero insiste en que debo estar deslumbrante si queremos recibir fondos de nuevos patrocinadores.

La seda verde se desliza sobre mi cuerpo desnudo, fría y obscenamente suave. La dependienta, una mujer con más laca que pelo, me observa con curiosidad cuando salgo del probador.

—¿Es para una ocasión especial? —pregunta, oliendo la buena comisión que está a punto de sacar.

—Es para una guerra —murmuro.

—¿Perdón?

—Sí, para una ocasión especial —corrijo—. Me lo llevo.

Mientras camino por Michigan Avenue, la bolsa me golpea en el muslo. Treinta y nueve años. Treinta y nueve años y estoy comprando ropa que no puedo permitirme para impresionar a unos posibles patrocinadores y bueno, también a una empleada mucho más joven con la que supuestamente tengo una relación falsa que se está volviendo tan real que me da vértigo solo de pensarlo.

Isabela Montrésor, la reina del hielo, derritiéndose por unos rizos negros y una sonrisa por la que se podría morir.

Joder. Estoy perdida.

Los dos días previos a la gala son una nebulosa de cafeína, ibuprofeno y tensión sexual no resuelta.

Convergence ha mutado. Ya no es mi coreografía. Es un monstruo de dos cabezas que Carmen y yo hemos alimentado con sudor y silencios cargados de deseo.

En el ensayo, Carmen ejecuta el *arabesque*. No es perfecto, pero tiene una extensión que parece querer rasgar el aire, que hace que se me seque la boca. Se derrite en un giro contemporáneo, rompiendo el eje, cayendo y recuperándose en el último segundo.

—Otra vez —ordeno.

Carmen me mira a través del espejo y pone los ojos en blanco. Su respiración se ha acelerado por el esfuerzo, su escote brilla con el sudor, y me gustaría quitarle aquí mismo la ropa para besar sus pechos. En su defecto, me conformo con retirar un mechón que se le ha quedado pegado a la frente tratando de apartar la mirada de sus pezones.

Lo repetimos una vez. Y otra. Hasta que la luz de Chicago cambia de un gris industrial al violeta y las sombras del estudio se alargan.

—Ya basta —anuncio, cortando la música—. Vas a estar increíble.

Carmen se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano y camina hacia mí con esa falta de respeto por los límites que tanto

me irrita y me fascina al mismo tiempo.

—*Vamos* a estar increíbles —corrige con un suspiro junto a mi oído—. Es un *pas de deux*, jefa. Si tú caes, yo caigo.

—Yo no caigo.

—Ya, eso era antes, supongo que ahora solo aterrizas con estilo —bromea con un guiño de ojo.

Se queda mirándome unos segundos más de lo socialmente aceptable, aunque yo estoy demasiado ocupada observando la gota de sudor que baja por su cuello y desaparece en su escote. O más bien luchando contra el impulso de seguir esa gota con la lengua.

—¿Me llevas a casa? —pregunta, rompiendo el hechizo.

En el coche, el silencio se hace denso. Carmen lleva dos noches durmiendo en mi cama. Pegada a mi cuerpo, aunque no me atrevo a hacer nada y creo que ella espera que dé el primer paso. Dice que es porque su casero está fumigando. Yo digo que me lo creo. Ambas sabemos que es mentira.

—Isabela —dice cuando el semáforo se pone en rojo—. Después de la gala...

Aprieto el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—¿Qué pasa con la gala?

—¿Podemos... no sé? ¿Celebrarlo? ¿Tú y yo? ¿A solas? —pregunta mientras se muerde el labio inferior. Es un gesto nervioso que he catalogado en mi archivo mental bajo la etiqueta de "demasiado peligroso"—. Sin cámaras. Sin patrocinadores. Sin fingir que somos la pareja del año.

El corazón me da un vuelco estúpido para mi edad.

—¿Qué tienes en mente?

—No lo sé. Pero estoy harta de actuar, Isa. Al menos contigo.

El semáforo cambia a verde. Piso el acelerador.

—Me parece bien.

Cuando aparco frente a su edificio, se inclina hacia mí. Pienso que me va a besar y por un segundo, dejo de respirar. Pero solo roza mi mejilla con los labios, peligrosamente cerca de la comisura de la boca.

—Hasta mañana, jefa —susurra.

Me quedo en el coche cinco minutos después de que ella desaparezca, tocándome la mejilla con la punta de los dedos como una adolescente en pleno despertar hormonal.

**

Sábado noche.

Me miro al espejo. El vestido verde de seda me queda como una segunda piel. No hay lugar para esconderse; marca cada curva, cada hueso, cada año de disciplina. Joder, está mal que yo lo diga, pero me hace un cuerpo espectacular. No es un disfraz. Es una declaración de intenciones.

El móvil vibra.

Carmen: Estoy abajo. Si tardas dos minutos más me va a dar un infarto.

Cojo el bolso, respiro hondo y bajo a la calle.

Y entonces, la veo.

Madre del amor hermoso.

Lleva un traje negro. No un esmoquin femenino, sino un traje de corte impecable, entallado en la cintura, con una camisa color crema desabrochada hasta el punto exacto donde la decencia empieza a difuminarse. Lleva el pelo suelto, salvaje. Está tan guapa que debería ser ilegal.

Se gira al oírme. Recorre mi cuerpo con la mirada, de los tacones al escote, y se detiene en mis labios. Veo cómo traga saliva.

—Joder —suspira.

—Muy elocuente —bromeo, aunque por dentro estoy temblando. Literalmente.

—Estás... —Niega con la cabeza, como si no encontrase las palabras adecuadas—. Estás para arruinarle la vida a alguien, Isabela.

—Ese es el plan —ironizo, deslizando la punta de los dedos por su cintura con un gesto que pretende ser casual, pero que provoca una reacción entre mis piernas imposible de ignorar.

Nos subimos al taxi. El espacio en el asiento trasero es minúsculo, o quizá es que ambas queremos que así sea. Su rodilla choca contra la mía. Su mano busca la mía en la oscuridad y entrelazamos nuestros dedos.

—¿Estás nerviosa? —pregunta.

—Aterrorizada.

—Yo también —admite mientras me aprieta la mano—. Pero vamos a destrozarlos.

El salón en el que se celebra la gala huele a dinero en abundancia y a perfume del caro. Es ese ambiente de falsa

cordialidad que conozco tan bien: sonrisas que no llegan a reflejarse en los ojos, copas de champán y gente que te juzga mientras te pregunta dónde te vas a ir de vacaciones. Pero esta noche es diferente. Esta noche entro con Carmen Arriaga del brazo y el mundo parece detenerse.

Los fotógrafos nos asaltan nada más entrar. Elizabeth aparece de la nada, pastoreándonos como una madre gallina demasiado preocupada.

—¡Divinas! —susurra con una sonrisa—. ¡Quiero que sonriáis, que os miréis, que os toquéis! ¡Vended ese romance!

Pero lo curioso es que no tenemos que vender nada. Cuando Carmen me pone la mano en la parte baja de la espalda para guiarme entre la multitud, no es una pose. No necesito disimular y el color carmesí que adquiere mi escote lo atestigua. Cuando me inclino para susurrarle algo al oído porque el ruido es ensordecedor, no estoy pensando en el ángulo de la cámara. Estoy pensando en que huele a sándalo y a jabón limpio. Y en que me gustaría llevarla a los baños y hacerla gritar de placer.

—Isabela Montrésor.

Me quedo helada. Esa voz.

Me giro y me encuentro con Élise Vasseur, primera bailarina del Cavalier. La mujer que ocupó mi puesto cuando me echaron.

—Élise —saludo, aunque mi voz es puro hielo.

—Estás... resplandeciente —saluda de vuelta mientras me mira de arriba abajo y a continuación sus ojos se clavan en Carmen —. Y muy bien acompañada. He oído rumores sobre *Meridian*. Dicen que estás haciendo milagros con muy poco presupuesto.

Es un cumplido envenenado. *Poco presupuesto*.

—Hacemos arte, Élise. El presupuesto es secundario cuando tienes talento. Ya lo sabes.

Carmen da un paso adelante, sutilmente, colocándose entre ella y yo. Un escudo con traje de chaqueta.

—Y el talento nos sobra —rebate con una sonrisa, alzando las cejas—. Deberías venir a la función. Quizá aprendas algo sobre bailar con pasión. En el Cavalier a veces se os olvida, ¿no? Entre tanta técnica y tanta mierda.

Élise parpadea, sorprendida. No sabe qué responder. Yo me muerdo el interior del labio para que no se me escape la risa.

—Disfrutad de la noche —se despide mi sucesora al tiempo que se bate en retirada.

Cuando se aleja, Carmen me aprieta la mano.

—Qué gilipollas —masculla entre dientes.

—Gracias.

—Nadie te habla así delante de mí. Nadie —repite.

Diez minutos más tarde, las luces bajan. Es la hora.

Bailar *Convergence* delante de la élite de Chicago debería ser una prueba de fuego. Pero en el momento en que suena el primer acorde del violonchelo, el público desaparece. Solo existimos nosotras dos.

Es una conversación sin palabras. Es una pelea. Joder, es hacer el amor con la ropa puesta. En el momento final, cuando quedamos frente a frente, respirando el mismo aire, con el pecho

subiendo y bajando al unísono, a milímetros de besarnos, sé que hemos cruzado una línea.

El aplauso estalla como una tormenta. Pero yo solo escucho a Carmen susurrar:

—Perfecta. Has estado perfecta.

El resto de la gala es una nube de adulaciones. Elizabeth está eufórica. Dice que tiene tres cheques casi firmados. Nos asegura que uno de los críticos con más prestigio de Chicago estaba llorando.

Me da igual.

—Necesito salir de aquí —le digo a Carmen al oído a las once y media.

—¿A dónde?

—Me da igual. A un sitio donde no tenga que fingir la sonrisa.

—El estudio —propone.

El viaje en taxi es silencioso, casi eléctrico. El conductor nos mira por el retrovisor de vez en cuando, pero nos da igual. Carmen me acaricia el interior de la muñeca con el pulgar, un gesto pequeño e íntimo que me manda descargas directas a la entrepierna.

Entramos en la nave industrial a oscuras, solo iluminada por la luz naranja de las farolas de la calle a través de los ventanales altos. El estudio está en silencio absoluto, pero las paredes parecen vibrar con el eco de nuestra respiración.

Nos quedamos de pie en el centro de la sala, rodeadas de espejos.

—Isabela —susurra y su voz tiembla un poco—. Si esto es una locura, dímelo ya. Si mañana te vas a arrepentir, dímelo ahora y

me voy a mi casa. Pero no tardes, porque estoy a punto de quitarte la ropa.

—No es ninguna locura —confieso, enredando mis dedos en su melena para besarla.

Carmen no necesita que se lo digan dos veces.

Se lanza sobre mí, buscando mis labios con un hambre que lleva semanas acumulándose. No es un beso de película. Es sucio, torpe, desesperado. Sus manos buscan mis pechos mientras que las mías aprietan sus nalgas.

Me empuja hacia atrás hasta que mi espalda choca contra uno de los espejos. El contraste entre el cristal helado y el calor de su cuerpo me hace jadear.

—Joder, Isabela... —murmura contra mi cuello, mordiendo la piel sensible bajo mi oreja—. Llevo soñando con quitarte ese jodido vestido toda la noche.

El vestido cae al suelo en un susurro. Me quedo en ropa interior, expuesta, pero con Carmen mirándome como si mi cuerpo fuese una obra de arte.

Se quita la chaqueta. Despacio. La camisa. Cuando veo su piel dorada, los músculos definidos del abdomen, se me corta la respiración.

—Túmbate en el suelo —ordena.

—Probablemente esté sucio, Carmen. Y me gustaría quitarme el sudor antes de…

—Me da igual —me corta.

La madera está dura y fría, pero pronto dejo de notarlo. Es una extensión de la danza. Es físico, es técnico, es sudor y fricción. Carmen se mueve sobre mí con la misma intensidad que pone en sus solos, con ese ritmo interno que la hace única.

Cuando sus dedos me acarician, no hay delicadeza, hay pasión pura. Sabe exactamente dónde tocar, cómo presionar. Mi cuerpo, que lleva años siendo solo una herramienta de trabajo, un instrumento que afinar y castigar, de repente recuerda que también está hecho para el placer.

—Mírame a los ojos —insiste cuando se da cuenta de que estoy a punto de tener un orgasmo.

Abro los ojos. Los espejos nos devuelven la imagen de nuestros cuerpos desnudos multiplicada: dos mujeres enredadas en el suelo de un estudio de baile, buscando la salvación en la piel de la otra.

—Isabela...

Grito su nombre cuando llego al orgasmo, un sonido roto que rebota en las paredes vacías. Carmen me sigue poco más tarde, dejándose caer sobre mi pecho, temblando. Jadeando.

Nos quedamos así un buen rato, con nuestras respiraciones acompasándose poco a poco. Ella coloca su chaqueta sobre nosotras a modo de manta.

—Esto complica un poco las cosas —le recuerdo, acariciando su espalda con la punta de los dedos.

—Lo sé. Un poco —admite, escondiendo su rostro en mi cuello.

—Esto era por un contrato de publicidad.

Carmen levanta la cabeza. Me clava la mirada.

—¿Lo fue alguna vez? —pregunta, alzando las cejas—. ¿Del todo?

Le aparto un rizo de la frente antes de besarla de nuevo.

—No. Para mí no. Creo que dejó de serlo en el momento en que entraste por esa puerta con tus zapatillas rotas y tu actitud de mierda.

Carmen sonríe.

—Mi actitud de mierda es lo que te atrae —bromea—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora... —repito, sintiendo el peso de su cuerpo sobre el mío—. Ahora nos quedamos aquí un rato más. Mañana ya nos preocuparemos de los inversores y del resto del mundo.

—Me parece un planazo —confiesa.

Nos acurrucamos juntas y ponemos la alarma de ambos teléfonos por si acaso. Lo último que necesitamos es que alguien entre y nos pille durmiendo desnudas en medio del estudio. Sé que mañana será un caos. Sé que esto es imprudente, poco profesional y probablemente un desastre en potencia.

Pero mientras cierro los ojos y me voy quedando dormida, creo que todo podría merecer la pena.

Capítulo 8

Carmen

Despertar en el suelo de madera de un estudio de danza tiene sus inconvenientes. Por ejemplo, la cadera se te clava en el parqué y tienes la sensación de que una apisonadora te ha pasado por encima. Varias veces.

Pero a continuación noto el peso de un brazo sobre mi cintura y el olor a vainilla que viene del cuerpo desnudo a mi lado, y decido que no me importaría morir así.

Isabela duerme. Y joder, ver a Isabela Montrésor durmiendo debería cobrarse como una entrada aparte. Sin el maquillaje de guerra, sin el moño estricto que le estira las ideas, parece más joven. Menos "reina de hielo" y más "mujer que acaba de pasar la mejor noche de su vida".

—Esto es real —susurro—. Tiene que serlo porque si no, me voy a volver loca.

Justo entonces, mi teléfono móvil vibra contra la madera. Una vez. Dos veces. Tres. El zumbido suena como una alarma nuclear en el silencio del amanecer y destroza la magia.

Me estiro para cogerlo, intentando no despertar a Isabela, y la pantalla se ilumina con el nombre de mi hermana.

Elena: Llámame.

Elena: Mamá está hecha una fiera.

Elena: Dice que si no vienes a explicarte, olvídate de volver a pisar esta casa.

El aire se escapa de mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo en el plexo solar. El mundo que habíamos construido en las últimas ocho horas se hace añicos en un solo instante.

—¿Carmen? ¿Ocurre algo?

Apenas consigo hablar. Solo le paso el teléfono.

—¿Cuándo sale el próximo vuelo a Puerto Rico? —pregunta, buscando su ropa interior.

—Isabela, no...

—Son las seis de la mañana. Hay un vuelo a las once —explica mirando su teléfono móvil, tan solo cubierta por unas bragas negras—. Tienes dos horas para hacer la maleta. Y voy contigo.

—No —la palabra sale disparada de mis labios, demasiado rápida. Demasiado fuerte. Me pongo en pie, envolviéndome con mi chaqueta porque de repente tengo un frío que me cala los huesos—. No vas a venir. Esto es... esto es mierda de mi familia, ¿vale? Mierda radiactiva de alto nivel. No voy a dejar que te salpique.

Isabela se inclina hacia mí y me coge la cara entre las manos.

—Lo de anoche no fue fingido, Carmen. No fue una estrategia de marketing. No fue un polvo para quitarme la tensión. Lo que siento por ti es real —me asegura, acariciando mis pómulos con los pulgares—. Si vas al infierno, yo bajo contigo. Sin dudarlo.

—No conoces a mi madre. Se va a poner histérica. Va a decir cosas... cosas horribles. Prefiero que no estés delante cuando eso suceda. No quiero que me veas así, pequeña y asustada frente a ella, porque siempre me pasa igual. No soy capaz de hacerle frente.

—Nada de lo que diga cambiará lo que siento por ti —murmura, besando mi frente.

El vuelo hasta el aeropuerto de San Juan dura casi cinco horas. Isabela me coge la mano en cuanto el avión despega y no me la suelta en todo el vuelo. No hablamos mucho. No hace falta. Su pulgar dibuja círculos en el dorso de mi mano y se siente como si fuese un ancla silenciosa que me impide hundirme del todo en el pánico.

Mi hermana Elena nos espera en la terminal de San Juan. Se la ve cansada, con ojeras que le suman diez años a sus veintidós. Me abraza tan fuerte que me crujen las costillas, y luego mira a Isabela con curiosidad.

—Está en modo muy gruñona —me susurra al oído—. Tía Rosa le enseñó comentarios en las redes sociales y luego la señora Martínez le preguntó en misa si era verdad que su hija vivía con una mujer.

Solamente sacudo la cabeza en un intento de desterrar de mi mente lo que mi hermana acaba de decir. Isabela camina a nuestro lado, impasible, con sus gafas de sol y esa elegancia europea que va a desentonar muchísimo en el barrio de mi madre.

—Así que tú eres Isabela —saluda a continuación Elena, abriendo la puerta de su viejo Honda—. La que ha puesto patas arriba a mi familia con una sola foto.

Isabela sonríe y se encoge de hombros. Me aprieta la mano desde el asiento trasero mientras mi hermana arranca el coche.

Al llegar a la casa de mi infancia, mi madre nos espera en el salón. De pie. Brazos cruzados. La postura de una generala que ha perdido la batalla, pero piensa ganar la guerra a base de gritos y posiblemente algún insulto.

—Entrad —ordena.

Ni un "hola", ni un "¿cómo estás?" Nada.

En el salón, fotos de mi comunión y de la de mi hermana. Fotos de la graduación de Elena. Ninguna foto de mi padre, por supuesto. Ese fantasma se exorcizó hace mucho.

—¿Es verdad? —dispara sin preámbulos, mirándonos a las dos con desprecio—. ¿Vives en pecado con esta mujer? ¿Y encima tienes el descaro de traerla a mi casa?

—Se llama Isabela —protesto, y me sorprende lo firme que suenan mis palabras mientras aprieto su mano—. Y sí. Estamos juntas. Y la he traído porque quiero que conozcas a la mujer que me hace feliz.

Mi madre finge un desmayo muy dramático, se lleva una mano al pecho, suspira y, a continuación, se deja caer en el sofá como si le faltase el aire. Drama. Puro drama de telenovela.

—Es esa vida... ese mundo del baile. Te han confundido. El diablo se coló en tu mente, Carmen.

—El diablo no tiene nada que ver con que yo sea feliz, mamá. Sé que crees que esto está mal, pero deberías alegrarte por mí.

—Señora Arriaga —interviene Isabela, con esa voz calmada que usa cuando está a punto de destrozar a alguien en un ensayo—. Entiendo que esto es muy difícil para usted. Pero quiero que sepa que su hija es la mujer más valiente y extraordinaria que he conocido. Y la quiero. Y haré todo lo posible para que sea feliz a mi lado.

Mi madre la mira como si acabase de escupirle en la cara.

—¿Feliz? —repite mientras suelta una risa amarga—. ¿Crees que me importa esa felicidad momentánea de la que hablas? Me importa que la gente hable a mis espaldas. Me importa que la señora Martínez me pregunte al salir de misa en qué he fallado como madre.

Y ahí está. La verdad.

—Vives más pendiente de lo que diga la gente que de tu propia familia —le recrimino.

—Quiero que te vayas —dice mi madre en voz muy baja—. No vuelvas. No hasta que te hayas curado.

—No hay nada que curar, mamá. Enfermas están algunas de tus amigas, que viven llenas de frustraciones y solo se dedican a hablar mal de los demás. Si fuesen felices, no tendrían que estar todo el día criticando a otros —protesto mientras doy media vuelta y salgo por la puerta, seguida de Isabela.

El portazo resuena como un disparo.

Mi hermana Elena sale cinco segundos más tarde.

En el coche, lloro. Lloro como una niña pequeña, con mocos y sollozos incluidos. Isabela me abraza desde el asiento trasero

mientras mi hermana conduce hacia el aeropuerto en silencio.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurra cuando llegamos a la terminal.

—¿Orgullosa? Acabo de dinamitar nuestra familia. Si a mamá le da un infarto será por mi culpa.

—No. Has dicho la verdad —Elena mira al frente, apretando el volante hasta que sus nudillos se quedan blancos—. Yo también quiero irme, Carmen. Me asfixio aquí, con mamá y sus amigas. Con sus ideas arcaicas. Viéndote a ti... no sé. Me has dado ganas de ser valiente.

Me limpio la cara con la manga y alzo las cejas.

—Vente a Chicago.

—Quizá lo haga —admite antes de mirar a Isabela—. Cuídala. O te las verás conmigo —le advierte.

El vuelo de regreso a Chicago se hace eterno. Isabela me deja dormir apoyada en su hombro, acariciándome el pelo de vez en cuando. Cuando aterrizamos en O'Hare, hace mucho más frío que en Puerto Rico, pero es un frío que huele a casa.

En el taxi de vuelta a su apartamento, me acurruco contra ella y las luces de la ciudad pasan borrosas por la ventana.

—Gracias —susurro contra su cuello antes de besarla—. Por venir conmigo. Por no dejarme sola.

—Ya te lo dije: si vas al infierno, yo bajo contigo —responde besando mi frente.

Esa noche, en su cama, tras hacer el amor, Isabela se apoya sobre el antebrazo y se gira para mirarme a los ojos. Su expresión es

demasiado seria.

—Tengo que contarte algo —anuncia, dibujando círculos en mi vientre desnudo—. Al aterrizar tenía un mensaje de Mark. Me ofrecen ser la directora artística de un ballet de prestigio. En Europa.

Me congelo. Literalmente.

—Es una oferta increíble. Imagino que tendrías fondos ilimitados, trabajarías con grandes bailarinas, giras…

—Sí, todo eso y más —admite.

—Dejarías de pelear cada mes por pagar la luz. Dejarías de mendigar a los inversores. Sería lo sensato. Lo seguro.

—Lo seguro es una mierda —bufa.

—¿Qué?

—Rechacé la oferta sobre la marcha —confiesa.

—¿Por qué?

—Porque *Meridian* es mi hijo. Un poco feo y problemático, pero no puedo abandonarlo. Y porque... —hace una larga pausa para acariciarme la mejilla—. Porque conocí a una bailarina con muy mala técnica y una actitud algo complicada que me ha recordado por qué hacemos esto.

El corazón me late tan fuerte que creo que se va a oír en el piso de abajo.

—Elizabeth y Mark quieren ofrecerte el puesto de Directora Artística Asociada. Estoy totalmente de acuerdo —suelta así, de golpe, sin anestesia—. Con sueldo. Con voz y voto. Quieren que modernices la compañía. Que le des ese fuego que tienes. Todo lo que me dijiste el primer día, tienes razón. Al menos en buena parte.

No podemos competir contra las grandes compañías de ballet con sus mismas armas. Si queremos ganar, o al menos sobrevivir, debemos hacer algo diferente y ahí es donde entras tú.

—¿Estás de coña?

—Mark me ha dicho que si no te contrato yo, es capaz de divorciarse y casarse contigo con tal de que te quedes.

—Me quedo —chillo mientras me como a besos a Isabela—. Me quedo contigo. Claro que me quedo.

Capítulo 9

Isabela

Han pasado tres semanas desde nuestro viaje a Puerto Rico y Carmen todavía se despierta a las cuatro de la madrugada con el corazón desbocado. Su cuerpo se tensa a mi lado como si esperase recibir un golpe, y yo me quedo inmóvil, fingiendo dormir, otras veces abrazándola hasta que su respiración se calma y vuelve a hundirse en un sueño inquieto.

No hablamos de ello. Quizá deberíamos, pero ninguna de las dos sabe muy bien cómo afrontarlo.

A las siete de la mañana de un martes cualquiera, estoy en mi pecera de cristal, mirando la hoja de Excel que ya me sé de memoria. Los números han mejorado. Las entradas para el *showcase* se venden bien. Elizabeth jura que batiremos récords. Hemos conseguido un par de patrocinadores y tenemos tres reuniones con otros esta semana. Meridian no solo va a sobrevivir; va a prosperar.

Debería estar feliz. En cambio, tengo un nudo en el estómago que no se va ni con café ni con ibuprofeno.

Carmen entra en el estudio a las ocho menos diez. Temprano, como siempre desde que volvimos de San Juan. Lleva el pelo

recogido en esa coleta desastrosa que a estas alturas me parece la cosa más bonita del mundo, y trae dos cafés. Siempre trae dos cafés.

—Buenos días, jefa —saluda, dejando el vaso en mi mesa.

Se queda ahí parada un momento, mordiéndose el labio inferior. Conozco esa expresión. La he visto cada mañana desde hace tres semanas, justo antes de que decida no decir lo que sea que está pensando.

—Carmen...

—¿Sí?

—Siéntate.

Obedece, aunque con esa rigidez en los hombros que delata su nerviosismo. Me levanto, rodeo la mesa y me apoyo en el borde, frente a ella.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir fingiendo que estás bien?

Sus ojos se clavan en los míos. Por un segundo, veo el pánico. A continuación, algo se rompe.

—No lo sé —admite con un suspiro—. No sé cómo estar bien con esto, Isa. Mi madre no ha llamado ni una sola vez y antes me llamaba a diario para ver qué tal estaba. Mi hermana Elena dice que ni siquiera pronuncia mi nombre. Es como si… como si me hubiese muerto para ella.

Me arrodillo frente a su silla, cogiendo sus manos entre las mías y levantándolas para besar sus nudillos.

—No te has muerto. Estás aquí. Estás viva y eres brillante y tienes una familia que te quiere. Elena viene la semana que viene a

Chicago, ¿recuerdas? Va a empezar su máster aquí. Vivirá a veinte minutos de nosotras.

—Lo sé.

—Y me tienes a mí —añado, apretando sus dedos—. Sé que no es lo mismo. Sé que no puedo reemplazar a tu madre. Pero estoy aquí, Carmen. No me voy a ir a ninguna parte.

Una lágrima rueda por su mejilla. Se la limpia con rabia, como si le molestase.

—A veces pienso que debería haberme quedado callada —confiesa—. Todavía tendría una madre.

—Tendrías una madre que no te conoce. Que quiere a una versión de ti que no existe —le recuerdo, acariciando sus nudillos con el pulgar—. Eso no es amor. Es control.

—Pero duele igual.

—Lo sé.

Nos quedamos así un rato, en silencio. En el exterior, la ciudad de Chicago despierta con su ruido habitual de bocinas y sirenas. Aquí dentro, solo existimos nosotras.

—Tengo miedo —dice de pronto.

—¿De qué?

—De que un día te canses de mis dramas familiares. De seguir despertándome cada noche a las cuatro de la mañana porque no consigo dormir. De… de todo esto.

Coloco una mano a cada lado de su cara, obligándola a mirarme.

—Escúchame bien, Carmen Arriaga. He invertido cada céntimo que tengo en una compañía de danza que todo el mundo dijo que fracasaría. He desafiado a mi antigua empresa, a los críticos y a la puta gravedad durante más de treinta años. ¿De verdad crees que me voy a rendir contigo porque las cosas se pongan difíciles?

—No lo sé —suspira.

—Pues déjame que te lo aclare: no. La respuesta es no. Rotundamente no. Ni hoy, ni mañana, ni dentro de diez años. Ni en una eternidad. ¿Entendido?

Carmen sonríe. No es una gran sonrisa, pero es la primera sonrisa real que veo en tres semanas.

—Entendido, jefa.

—Bien. Ahora ve a cambiarte. Tenemos ensayo en veinte minutos y tu *arabesque* sigue siendo una vergüenza.

—Eres una tirana.

—Pero soy tu tirana. Eso lo cambia todo —bromeo antes de besar sus labios—. Ahora mueve ese culo tan redondo y espabila.

**

La semana siguiente es un torbellino de ensayos, reuniones y preparativos.

Elena llega el jueves por la tarde con dos maletas enormes y la energía de alguien que acaba de escapar de una prisión. Carmen va a buscarla al aeropuerto sola. Supongo que debo darles espacio, necesitan ese tiempo de hermanas, y cuando vuelven, las dos tienen los ojos hinchados de haber llorado, pero ahora sonríen.

—¿Dónde está el vino? —pregunta nada más entrar en nuestro apartamento—, He tenido un día de mierda y necesito alcohol para procesar que mi hermana mayor se ha liado con una bailarina francesa que podría ser modelo de Vogue.

Esa noche, mientras Carmen duerme por fin de un tirón, salgo al balcón con una copa de whisky. Elena está ahí, fumando un cigarrillo que claramente no quiere que su hermana vea.

—No le digas nada, ¿vale?

—En tu familia os gusta guardar secretos, ¿no? —bromeo, alzando las cejas.

Se queda callada un buen rato, simplemente observando las luces de la ciudad.

—Mi madre preguntó por ella —dice de pronto.

—¿Qué?

—Ayer, dos horas después de llegar a Chicago. Me preguntó si Carmen estaba bien. Si comía. Si era… si era feliz —reconoce tras echar una larga calada a su cigarrillo—. No lo dijo con esas palabras, claro. Dijo algo como "¿tu hermana sigue con esa vida?". Pero le temblaba la voz. Se nota que está preocupada, aunque sea muy en el fondo.

—¿Se lo has contado a Carmen?

—No. No sé si debería. Es que no quiero darle falsas esperanzas —explica.

—Quizá no sean falsas esperanzas —murmuro—. Quizá solo necesita tiempo.

—O quizá nunca cambie y mi hermana tenga que aprender a vivir sin una madre —replica Elena, apagando el cigarrillo—. De cualquier forma, tú vas a estar ahí. ¿Verdad?

—Siempre. De eso estoy más que segura.

Elena asiente, satisfecha y entra en el apartamento.

**

El día del *showcase* amanece gris y frío, con ese cielo de Chicago que parece siempre a punto de venirse abajo.

Me miro al espejo del camerino. El vestido verde que Elizabeth me obligó a comprar brilla bajo las luces. He bailado en los mejores teatros del mundo, para el público más exigente. Y estoy aterrorizada.

—Respira —dice Carmen, abrazándome desde atrás.

—Hay mil quinientas personas ahí fuera —murmuro.

—Lo sé. Pero has bailado en sitios mucho mayores.

—Están todos los patrocinadores que necesitamos para seguir adelante. Mirarán con lupa cada movimiento.

—Lo sé —insiste.

—Si esto sale mal…

—No va a salir mal —me interrumpe, haciéndome girar para que la mire a los ojos—. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque somos nosotras. Tú y yo. Y cuando bailamos juntas, el mundo deja de existir —admite mientras me acaricia la mejilla—. Olvídate del público. Olvídate de los críticos y de los posibles

patrocinadores. Esta noche solo somos dos mujeres contando una historia. Nuestra historia.

El telón se abre.

Y bailamos.

Convergence cobra vida bajo los focos. No es la coreografía que ensayamos mil veces en la nave industrial; es algo más. Cada vez que la bailamos cambia un poco, es inevitable con Carmen. Es cada discusión que hemos tenido, cada corrección, cada beso robado entre combinaciones. Es el suelo de madera donde hicimos el amor. Es Puerto Rico y el portazo. Son las lágrimas en el asiento trasero del coche de Elena.

Es nosotras. Sin filtros. Sin armadura. Solo nosotras.

Cuando el último acorde se desvanece y nos quedamos frente a frente, jadeando, con la frente apoyada en la de la otra, el silencio dura una eternidad. A continuación, el teatro estalla en aplausos.

Veo a gente de pie, veo a Elizabeth llorando en primera fila, veo a los críticos más influyentes de Chicago aplaudiendo con una expresión de incredulidad en la cara.

Carmen me aprieta la mano.

—Lo hemos conseguido —susurra.

—Lo hemos conseguido —repito.

**

La fiesta posterior es un caos de champán, felicitaciones y, según Elizabeth, cheques casi firmados. Hemos salvado no solo la temporada, sino probablemente las tres siguientes.

Pero yo solo tengo ojos para Carmen.

Está al otro lado de la sala, hablando con su hermana Elena, riéndose de algo. Una luz tenue le ilumina la cara y pienso que es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Mark se acerca con dos copas.

—Deberías dejar de mirarla así —bromea—. Vas a gastarla.

—Cállate, idiota.

—En serio, Isa. Llevas veinte minutos con la misma cara de boba enamorada. La gente incluso empezará a pensar que eres humana.

Le quito la copa de la mano.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Cómo supiste que querías casarte con David?

Mark se queda muy quieto. Me mira con una expresión que no le había visto nunca.

—Lo supe cuando me di cuenta de que ya no podía imaginar una vida sin él —confiesa, midiendo cada palabra—. Cuando dejó de ser una opción y se convirtió en… no sé. En el aire que respiro. ¿Por qué lo preguntas?

No respondo. Pero creo que mi cara lo dice todo, porque Mark sonríe.

Cruzo la sala. Carmen me ve acercarme y su sonrisa se hace más grande.

—¿Disfrutando de la victoria?

—Necesito hablar contigo —respondo, cogiéndole la mano y llevándola hacia un sitio más tranquilo—. A solas.

Carmen intercambia una mirada con su hermana y ambas se encogen de hombros casi al mismo tiempo.

—¿Isa? ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Me apoyo en la pared y el corazón me late tan fuerte que estoy segura de que el resto de la gente puede oírlo.

—Tengo que decirte algo —comienzo.

—Pues es mejor que te des prisa, porque me estás asustando.

—No, no te asustes. Es… es algo bueno. Creo. Espero —digo titubeando.

Carmen se acerca. Me coge las manos.

—Sea lo que sea, dímelo ya, por favor.

Respiro hondo y dejo salir el aire poco a poco.

—Cuando entraste en mi despacho hace casi cuatro meses, con tu café de soborno y esa actitud de mierda, pensé que ibas a ser un problema. Un proyecto. Algo que arreglar o más bien que parchear, porque no había tiempo para más. Necesitaba salvar la compañía y olvidarte a continuación.

—Vaya, gracias, hoy te has levantado muy romántica —ironiza.

—Calla, déjame terminar —protesto, apretando sus manos—. Entonces empecé a conocerte mejor. Vi cómo bailas, como si quisieses demostrar algo al mundo. Vi cómo te niegas a rendirte, aunque todo esté en tu contra. Vi cómo quieres a tu hermana, cómo

luchas por tu arte, cómo… cómo me miras cuando crees que no me doy cuenta.

—Isa…

—Y en algún momento dejé de verte como un proyecto. Empecé a verte como… como el aire. Como algo sin lo que ya no podría vivir —admito al fin.

Carmen se lleva una mano a la boca y abre mucho los ojos, sorprendida.

—¿Qué quieres decirme?

Meto la mano en el bolso, donde he llevado una pequeña cajita de terciopelo azul toda la noche.

—Estoy diciendo que quiero pasar el resto de mi vida contigo, Carmen Arriaga. Estoy diciendo que quiero despertarme a tu lado cada mañana, aunque sea a las cuatro de la madrugada porque tienes pesadillas. Estoy diciendo que quiero discutir contigo sobre técnica hasta que sea una vieja con bastón y tú ya no puedas bailar. Estoy diciendo… —pongo una rodilla en el suelo, porque en el fondo soy tan cursi como las películas que juro odiar— que te quiero. Y que quiero casarme contigo. Si tú quieres.

Abro la cajita. Dentro hay un anillo de oro blanco con un pequeño diamante. Sencillo. Elegante. Perfecto para una bailarina.

Carmen se queda mirando el anillo. Luego a mí. Luego al anillo otra vez.

—¿Estás… estás segura? —pregunta, y su voz tiembla—. Mis dramas. Mi familia. Todo el equipaje que…

—Estoy segura —la interrumpo—. Nunca he estado más segura de nada en mi vida. Iba a decírtelo cuando llegásemos al apartamento, pero no me podía esperar más. Ya sabes que la paciencia no es mi fuerte.

Las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas y se arrodilla frente a mí, quedando a mi altura.

—Sí —dice—. Sí, claro que sí, joder, sí —chilla, besando mis labios y llamando la atención de toda la gente que está en la gala.

—Todos nos miran —susurro, dándome cuenta de pronto de lo que ocurre.

—Es que solo se te ocurre a ti hacer esto en medio de una gala y rodeadas de gente —bromea, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

Capítulo 10

Carmen

Tres meses más tarde, estoy frente al Estudio A, tratando de no vomitar.

Hoy me caso y, aparentemente, mi estómago ha decidido que es un buen momento para iniciar una rebelión.

—Si vomitas en ese vestido, Elizabeth te mata —me recuerda mi hermana desde la puerta.

—Gracias por el apoyo moral —gruño.

—Para eso estamos las hermanas —bromea, encogiéndose de hombros.

Me miro en uno de los espejos. El vestido es sencillo, de un blanco roto que Elena insistió en que "resalta tu piel morena, idiota". Sin cola, sin adornos excesivos. Algo en lo que pueda moverme. Algo en lo que pueda bailar.

Porque, por supuesto, vamos a bailar. Es nuestra boda. ¿Qué otra cosa íbamos a hacer? Somos bailarinas.

Elena entra con una taza de té de jengibre.

—Es mejor que te tomes esto —anuncia mi hermana, estirando el brazo para pasármela—. Porque tengo que contarte algo importante.

—Si es sobre Mark tratando de llevar un stripper para la fiesta, ya lo sé. Isabela le ha dicho que como se le ocurra, le arranca la cabeza.

—No es eso —suspira mi hermana—. Es sobre mamá.

El té se me atraganta.

—Elena…

—Déjame terminar —ordena, cogiéndome de la mano—. Me llamó hace dos días. Muy tarde. Creo que había bebido, porque lloraba y ya sabes que mamá nunca llora cuando está sobria.

No digo nada. No puedo.

—Me preguntó… me preguntó si era demasiado tarde para… para venir. Para estar ahí. En tu boda —añade con miedo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que eso tenía que preguntártelo a ti.

—Pues no me lo preguntó —admito enfadada—. Y, honestamente, no sé si estoy lista para…

—Solo quería que lo supieras. Que ella… que está intentándolo. A su manera, supongo, pero intentándolo.

—Su manera me ha hecho mucho daño.

—Lo sé.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre y aparece Mark, impecable en su traje azul noche, de la mano de su marido.

—Señoritas, el espectáculo va a empezar. ¿Estamos listas?

El Estudio A se ha transformado.

Por completo.

Las barras de ballet están cubiertas de flores. Las luces son cálidas, doradas. Hay sillas plegables formando un pasillo por el que nunca pensé que caminaría, y al fondo, bajo un arco improvisado, está Isabela.

Lleva un vestido color champán que le queda como una segunda piel. Tiene el pelo suelto, cayendo sobre sus hombros en ondas suaves. Nada de su típico moño de bailarina. Está tan guapa que se me olvida respirar.

La música empieza. No es la marcha nupcial; es una pieza de piano contemporáneo que elegimos juntas. Algo con disonancias. Algo con carácter. Como nosotras.

Respiro y camino.

Veo las caras conocidas a ambos lados. Mark llorando, aunque apenas hemos empezado. Mi hermana, sonriendo. Las bailarinas de Meridian, mi nueva familia. Elizabeth.

Y al fondo, casi escondida en la última fila, una figura que no esperaba ver.

Mi madre.

Está sentada muy quieta, con las manos apretadas en el regazo. Lleva un vestido negro, como si en vez de a una boda hubiese asistido a un funeral, y tiene los ojos clavados en mí con una expresión que no consigo descifrar.

Tropiezo.

Es tan solo un segundo, pero Isabela lo nota; veo cómo sus ojos se desvían hacia la última fila, hacia mi madre.

A continuación, me mira a mí. Solo a mí. Y en esa mirada hay todo lo que necesito: amor, apoyo, certeza.

Sigo caminando.

Cuando llego a su lado, me coge las manos. Están temblando un poco. O quizá son las mías.

—Estás… —niega con la cabeza, como si no encontrara las palabras—. Estás increíble.

—Tú tampoco estás nada mal —bromeo.

La jueza habla sobre el amor y el compromiso, aunque yo apenas la escucho. Estoy demasiado ocupada mirando a Isabela. Memorizando cada línea de su cara. Pensando en lo improbable que es todo esto: que una bailarina que no encontraba su lugar haya acabado aquí, a punto de casarse con una ex prima ballerina francesa en una nave industrial de Chicago.

La vida a veces es muy rara.

—Isabela —dice la jueza—, ¿quieres compartir tus votos?

Isabela asiente. Respira hondo antes de hablar.

—Carmen, cuando te conocí, estaba segura de dos cosas: que mi compañía de ballet iba a quebrar y que mi corazón estaba demasiado roto para tener una segunda oportunidad. Me había convencido de que el amor era un lujo que no podía permitirme. Que era más fácil estar sola.

Se detiene. Veo cómo lucha contra las lágrimas.

—Pero entonces apareciste tú. Y poco a poco, sin que me diese cuenta, empezaste a colarte por las grietas. Hasta que un día

me desperté y me di cuenta de que ya no podía imaginar una vida sin ti.

Sonríe y me aprieta las manos.

—Te prometo que voy a quererte en los buenos días y en los malos. Cuando estés brillante y cuando estés insoportable. Cuando bailes bien y cuando lo hagas horrible. Te prometo que nunca, jamás, te haré sentir que no eres suficiente. Porque eres muchísimo más que suficiente. Lo eres todo.

Estoy llorando, pero no me importa.

—Carmen —dice la jueza—, tus votos.

Respiro hondo. He ensayado esto mil veces delante de mi hermana, pero ahora, mirándola, las palabras se me escapan.

—Isa —empiezo—. Llevo toda mi vida corriendo. De un sitio para otro. De ciudad en ciudad, de audición en audición. Huyendo de quien soy, de lo que soy, porque tenía miedo. Miedo de que, si mi familia sabía la verdad, dejarían de quererme.

Miro hacia la última fila. Mi madre sigue ahí, inmóvil.

—Y entonces te conocí. Y por primera vez, no quise huir. Quise quedarme. Contigo. En este estudio algo destartalado, con tus correcciones despiadadas y tu café demasiado amargo y tu manera de hacerme sentir que puedo conquistar el mundo.

Le clavo la mirada, secándome las lágrimas con el reverso de la mano y rezando para que no se me corra el maquillaje.

—Te prometo que me voy a quedar. No porque sea fácil, sino porque tú lo vales. Cada discusión, cada lágrima, cada momento de incertidumbre… lo vale. Te prometo que voy a seguir eligiéndote,

cada día, por el resto de mi vida. Porque eres mi hogar. Y ya no quiero vivir en ningún otro lugar si tú no estás a mi lado.

A Isabela se le escapan también las lágrimas. No muchas, pero eso ya es algo muy raro. La jueza dice algo sobre anillos y para siempre, pero apenas lo registro. Solo sé que le pongo la alianza a Isabela y ella me pone la mía, y que cuando la jueza dice "puedes besar a la novia", la beso con todo lo que tengo.

El estudio estalla en aplausos. Mark grita algo que probablemente sea inapropiado, porque su marido le manda callar. Mi hermana silba.

La fiesta posterior es un caos maravilloso de música, baile y champán del bueno.

En algún momento, Isabela y yo bailamos nuestro primer baile como esposas. No es un vals tradicional; es una pieza contemporánea, algo que creamos juntas. Algo que cuenta nuestra historia.

Cuando terminamos, me doy cuenta de que mi madre ya no está.

Siento una punzada de decepción.

—Carmen.

Me giro. Mi madre está detrás de mí, con el abrigo puesto, como si estuviese a punto de irse. Pero no se va. Se queda ahí, mirándome con una expresión que nunca le había visto.

—Mamá.

Isabela me aprieta la mano.

—Has venido.

—Elena me dijo que podía —confiesa casi como una disculpa, y no sé si quiero matar a mi hermana o darle las gracias.

Un silencio demasiado largo se estira entre nosotras. Incómodo. Doloroso.

—Bailas muy bien —dice mi madre finalmente—. Siempre lo has hecho. Desde pequeña.

—Gracias.

—Tu… tu esposa también. Baila muy bien.

Me sorprende que la llame "esposa". No "esa mujer". No "tu amiga". Esposa.

—Sí —susurro—. Fue bailarina principal en uno de los mejores ballets del mundo —le explico con orgullo.

—No sé cómo hacer esto, mija. No sé cómo… aceptar. Es todo lo que me enseñaron que estaba mal. Pero eres mi hija. Y verte hoy, tan feliz a su lado…

Se le quiebra la voz. Mira hacia otro lado, casi avergonzada.

—No te pido que lo entiendas —le aseguro—. No te pido que cambies de un día para otro. Pero si quieres ser parte de mi vida, tienes que respetar quién soy. Y a quién amo. ¿Puedes hacer eso?

Mi madre me mira. Por un momento, veo a la mujer que me enseñó a bailar en la cocina cuando tenía cuatro años. La que me curaba las rodillas raspadas. La que, a su manera un poco retorcida y dañina, siempre creyó que me protegía.

—Puedo intentarlo —admite al fin—. No sé si podré, pero puedo intentarlo.

Luego, haciendo un esfuerzo demasiado obvio, abre los brazos.

Es el abrazo más torpe e incómodo de mi vida. Huele al mismo perfume que usaba cuando yo era niña. Sus brazos están rígidos, como si no supiese cómo colocarlos.

Pero me está abrazando. En mi boda. Con mi esposa a unos metros de distancia.

Es mucho más de lo que esperaba.

Cuando nos separamos, se limpia los ojos con un pañuelo.

—Me voy —dice—. Es… es demasiado para procesarlo de golpe. Pero volveré. Si tú quieres.

—Quiero.

Asiente. Mira hacia Isabela, pero no le dedica ni una sola palabra.

**

Seis meses más tarde, observo cómo Isabela corrige a gritos a las nuevas bailarinas que hemos contratado.

De pronto, Mark aparece con un paquete y me hace una seña.

—Es para ti, de Puerto Rico —añade.

Tiene un tamaño un poco mayor que una caja de zapatos y mis manos tiemblan tanto que Mark decide ayudarme a abrirlo. Dentro, hay un álbum de fotos muy viejo, con las esquinas gastadas.

Lo abro. La primera imagen es de mí, con tres años, en un tutú rosa que mi abuela me hizo a mano. Estoy sonriendo a la

cámara con los dientes de leche, los brazos en una primera posición desastrosa.

Hay una nota dentro.

"Pensé que querrías tenerlo. Tu abuela siempre decía que naciste para bailar. Tenía razón. Con cariño, Mamá."

Miro las fotos. Mi infancia. Mi abuela, que murió cuando yo tenía diez años. Mi madre, joven, sosteniéndome en brazos después de mi primera función. Orgullosa.

Debajo del álbum, mis primeras puntas. Gastadas, destrozadas, de mala calidad. No había dinero para más.

Ha sido un viaje largo seguido de una nueva etapa que está tan solo comenzando.

Quizá eso es lo que significa bailar: caer y levantarse, una y otra vez, hasta que el cuerpo memoriza que siempre hay un siguiente paso. Abrazo las puntas gastadas contra mi pecho, como si pudiese abrazar a aquella niña que fui, esa que soñaba con volar y no sabía que el precio sería tan alto.

Isabela me encuentra llorando en silencio. No dice nada; simplemente me envuelve en sus brazos y me deja ser frágil, porque con ella no necesito fingir que soy invencible.

—Te quiero —susurro contra su cuello.

—Lo sé —responde, y en esas dos palabras cabe todo un universo.

Nos esperan ensayos, actuaciones, batallas por ganar. Pero ahora, solo existe esto: dos bailarinas que aprendieron que el mejor

final no es una ejecución perfecta, sino tener a alguien que te sostenga cuando aterrizas.
